

ALFA ERIDIANI

Revista de Ciencia-Ficción

Año II . Número 7 . SETIEMBRE - OCTUBRE - 2003

Puso las manos contra el muro y escondió la cabeza.
Lentamente se enderezó, estremecida.
Levantó los brazos y los sacudió con impotencia.
Se arrastró sobre esas piedras, con dolor, hasta la saliente.
Finalmente se puso de pie, triunfal.
El vacío le llamaba y respondió: Allá voy.

ROMANO 2003

La luna se retiró tras una nube para que la sombra no muriese.

(c) Graciela Inés Lorenzo Tillard



ISSN 1695-1859

Alfa Eridiani es una revista amateur de ciencia-ficción sin ánimo de lucro y su único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en editor@alfaeridiani.info.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Ilustrador: Guillermo Romano.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco. La ilustración es copyright de Guillermo Romano.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

| | |
|--|----|
| Editorial | 1 |
| Cuentos | 3 |
| Recordando aquella guerra por Alfredo Álamo | 3 |
| La paradoja del destierro por Fabián Álvarez López | 7 |
| No cumpliendo años por Dorian Cano | 13 |
| El ángel malo que surgió del sur por Ángel Torres Quesada..... | 14 |
| Novelas | 26 |
| La apuesta por E. C. Tubb | 26 |
| Artículos | 36 |
| Introducción a la literatura de ciencia ficción en Chile por Moisés Hassón C. | 36 |
| Enamorado de la razón por Carlos Bancayán Llontop..... | 48 |
| Los homos y la tierra, una hilarante continuación de Glasskan por Daniel Salvo | 52 |
| El rincón del lector | 62 |
| Atrapados en la prehistoria y Presa por Javier Valín Quiñoa | 62 |
| Noticias | 64 |
| Fe de erratas..... | 64 |
| Nuevo cómic on line..... | 64 |
| Pulsar solicita nuevos relatos..... | 64 |
| Convocatorias | 65 |

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.info/>

E-MAIL DE CONTACTO: editor@alfaeridiani.info

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



Editorial

Ha pasado ya un año, y si bien con algunos atrasos, ya tienen frente a ustedes nuestro primer número del segundo año.

No ha sido fácil. No ha estado libre de tropiezos, pero poco a poco José Joaquín ha ido formando un equipo alrededor de Alfa Eridiani, y en breve tiempo nació Eridano, un suplemento con dos números ya en su haber y que pronto sacará un tercero. Las ganas de crecer no han decaído ni mucho menos gracias al apoyo que ustedes, lectores, nos proporcionan. Se han agregado secciones y las historias crecen por sí solas. No quiero atribularlos con un pormenor de dolores de cabeza, pero en este año cambié de sistemas operativos en mi computadora dos veces: de W98 a W2000-XP y de regreso a W98, instalé y desinstalé programas para optimizar la edición de la revista, y hasta cambié de máquina... bueno, este año ha sido muy bueno en más de un sentido desde que José Joaquín me invitó a participar con alguna historia mía allá por el número 2. Hoy estoy a su lado con su sueño y los invito a ustedes a sumarse...

Pero mejor vayamos al grano y veamos que tenemos en este Especial Aniversario. Cuando le sugerí a José Joaquín este especial, él, tuvo la brillante pero poco original idea de encargar una serie de cuentos sobre aniversarios. La mayoría, salvo una excepción que comentaremos más adelante, son el fruto de esa petición. Así tenemos *Recordando aquella guerra*, un muy buen cuento de Alfredo Alamo, a quien dedicamos un Eridano... ¿no lo conocen todavía? Les recomiendo su lectura pero no se olviden del número que tienen entre manos.

A Fabián Álvarez también le conocemos de otro especial, el de poesía, hoy nos honra con *La paradoja del destierro*, otro excelente cuento pero un tanto pesimista sobre el carácter humano, algo que, al parecer, caracteriza su obra. Ya en *Y un mundo sin estrellas* nos muestra un mundo opresivo y pesimista. No obstante el chico promete... entregarnos ese cuento y otro más basado en el mismo universo.

Dorian Cano cumple con un microcuento, *No cumpliendo años*, el sueño del sombrerero loco de *Alicia en el país de las maravillas* y el de cualquiera si no fuera por... pero lean.

A estos cuentos hay que añadir la guinda que culmina el volumen *El Ángel malo que vino del Sur* de Ángel Torres Quesada, sobre el síndrome de Fausto en tono de solfa ¿quién no daría el alma por poder escribir la mejor obra de CF del mundo? Ésta es la excepción de la que hablábamos, no sería un especial aniversario si no hubiésemos incluido a un autor consagrado.



La parte de ficción queda completa con la tercera entrega de *La apuesta* de E. C. Tubb, reconozco que la cosa se está poniendo interesante pero... ¡Ánimo que ya queda poco!

La sección de artículos la inaugura Moisés Hassón C. con su estupenda *Introducción a la Ciencia-Ficción de Chile*, primero de una serie de artículos que pretenden mostrar una panorámica del género en lengua hispana. Están previstos artículos sobre la ciencia-ficción en Argentina, Perú y México. Nos falta cubrir bastante países por eso os animamos a que os pongáis en contacto con nosotros para completar el proyecto.

En el segundo artículo, Carlos Bancayán Llontop, nos brinda un muy buen resumen de la vida y la obra del Buen Doctor, algo que hubiera querido escribir yo mismo y por un cierto temor reverencial jamás me animé a hacer. ¿Todavía no saben de quién hablo? Aprovechen y lean el artículo.

Daniel Salvo nos acerca una clara y detallada reseña de la continuación de *Glasskan Los Homos y la Tierra*, tanto que lamento no poder encontrar esta novela en soporte celulósico para poder llevarla bajo un árbol umbroso y hacerla mía en una cálida tarde primaveral... ¡upss! me dejé llevar.

También hemos inaugurado una nueva sección, *El rincón del lector*, para que deis vuestra opinión sobre lo humano y lo divino. En este número, Javier Valín Quiñoa nos habla sobre dos libros que le han interesado pero bien podría ser cualquier otro tema de vuestro interés.

No se olviden de las noticias, hay alguna interesante, y lleguen al regalito final, recuerdo de estos primeros doce meses.

El equipo editorial confía que el esfuerzo realizado sea del agrado del lector.

Sergio Bayona Pérez



Cuentos

RECORDANDO AQUELLA GUERRA

Por Alfredo Álamo

Una guerra siempre es terrible. Sobre todo si se cometen atrocidades en ella. Recordemos los traumas que sufrieron los veteranos del Vietnan. ¿Y si el resultado fuera un genocidio? ¿Se han preguntado como se sentiría el responsable de semejante catástrofe?

En el parque de los Veteranos la tarde pasaba lentamente. Nubes de algodón ocupaban un cielo azul, reflejándose en el lago artificial junto al que jugaban unos niños. En un pequeño banco descansaban tres ancianos, buscando la sombra que unos cuantos cipreses ofrecían.

—¿Sabes que día es hoy, Herb? —preguntó uno de ellos.

—Claro, Dylan. Cómo no saberlo —contestó otro.

—Es el día de la Victoria —continuó —hoy hace treinta años de la batalla por Beta Última. Treinta años desde que volamos aquel planeta de mala muerte.

—Es cierto. ¿Hace ya tanto tiempo? Parece que fue ayer, ¿eh Hans?

—Si —dijo el que todavía no había hablado— no todos los días se extermina una raza.

Los tres hombres callaron, sus ojos se acomodaron al infinito, tragaron saliva lentamente y dejaron que pasara un trozo de eternidad en forma de tarde de verano.

—Yo estuve allí —rompió el silencio Herb— con la V Espaciotransportada y el Almirante Sparks —dijo llevándose la mano al pecho, como buscando unas antiguas medallas—. Perseguimos a esos bastardos hasta su propia casa y luego los barrimos de la galaxia.

De nuevo una pausa. La brisa aumentó un poco su intensidad y los cipreses se movieron señalando las filas de cruces blancas que cerraban el parque en su lado norte. Hans sacó un pequeño purito y se lo encendió, el olor a canela flotó en el ambiente durante unos segundos. Dio una calada antes de hablar.

—A veces me pregunto que hubiera pasado si no los hubiésemos matado.



—Que nos hubieran esparcido alrededor del Sol —le contestó Dylan— en cuanto hubieran tenido la oportunidad. Créeme, Hans, tu no estuviste allí arriba —dijo señalando con el dedo pulgar—, no viste lo que nosotros vimos.

—Hm, —refunfuñó Hans— no fue culpa mía. Yo quise alistarme, pero mi pierna...

Los dos veteranos asintieron. Conocían la historia de Hans y su rodilla rota.

—Nadie te está llamando cobarde, Hans. Sólo que si no viste las batallas, lo que hacían aquellas condenadas armas biológicas...

—Entiendo. Lo que no sé es cómo empezó todo aquello, cómo nos dejamos llevar a la guerra tan deprisa. Le doy vueltas y más vueltas y no alcanzo a encontrar una respuesta lógica. Ni aún hoy, después de tanto tiempo.

—¿Qué más da cómo empezara?, lo importante es cómo terminó. Fíjate en esos niños. Por eso empezó la guerra, para que esos niños pudieran jugar sin preocuparse de si mañana una nave Beta ocupará su planeta.

—¿Sabes una cosa, Hans? —dijo de repente Herb— Todos los años tenemos la misma charla. Haznos caso, no le des más vueltas: hicimos lo que teníamos que hacer. Eran ellos o nosotros.

Hans le miró con una profunda tristeza en la mirada.

—Supongo que tenéis razón. Mejor ellos que nosotros, ¿no?

—Claro que sí —dijo Dylan levantándose lentamente del banco— ¿Está refrescando o es que me hago más viejo todavía?

—Venga hombre, ¿ya te vas?

—Creo que sí. Ya va siendo hora de volver a casa.

El sol se estaba poniendo, una dulce luz violeta les rodeó mientras se alejaban del parque. Los niños ya no estaban y la brisa desaparecía.

—Hasta mañana Hans —dijo Dylan al llegar a la verja que rodeaba el parque.

—Hasta mañana, chicos —contestó Hans, despidiéndose de los dos hombres y apoyándose en su bastón.

—Cuidate la pierna —Le señaló Herb— hoy hará humedad.

—Gracias, Herb. Nos vemos.



El Sol fue dando paso a la oscuridad, los hombres se desvanecieron en la distancia mientras Hans esperaba. Otro hombre, este más joven, acudió a recogerle.

—¿Lo mismo de siempre? —preguntó.

—Sí —contestó Hans de forma lacónica.

—No entiendo por qué le das tantas vueltas. Cada año la misma historia, sabes que no van a decirte otra cosa. Nunca cambiarán.

—Da lo mismo. Tengo que comprobarlo, ¿lo entiendes?

El hombre joven se le quedó mirando impasible.

—Qué vas a entenderlo. Eres demasiado joven, no viviste la guerra. Apágallo todo, por favor.

El parque y las nubes, las incipientes estrellas, una luna escondida; todo se desvaneció en un fundido a gris. Como si una niebla enorme devorara la realidad. La sala era blanca. Demasiado blanca. Tanto que hacía daño a los ojos.

—Seguimos siendo humanos —dijo el hombre joven.

—No te preocupes. Es el brazalete, cuando te lo quites desconectarás la holografía.

—Sigo pensando que ésta simulación es una pérdida de tiempo.

Hans se apoyó en su bastón y le miró a los ojos.

—Cada año, el día de la batalla de la Tierra, vengo aquí y miro su mundo tal y como habría sido. Hablo con ellos para intentar encontrar una solución. Es algo que no puedo quitarme de la cabeza.

—Pero todos los años se comportan de la misma manera. No cambiarán un ápice sus excusas, aunque vuelvas aquí durante cien años más.

—Tal vez tengas razón. No lo sé. —Su voz se quebró durante un segundo—. Pero tú no diste la orden. Ni viste desaparecer a dos mil millones de humanos en un destello rojo.

El joven bajó la mirada. El blanco de la sala fue bajando de intensidad y una puerta se abrió en un lateral. Los dos hombres se quitaron los brazaletes. Las luces se apagaron. Se acabó el aniversario.

© Alfredo Álamo

A Alfredo ya le conocen desde es un asiduo desde el Especial Poesía de julio. Recordemos que tiene 27 años, es valenciano y la ciencia ficción es una de sus pasiones, que combina con el cine, el Aikido, la Guinness y el baloncesto. Recientemente ha publicado con nosotros un Erídano. Confío en poder seguir leyendo sus cuentos.



Golwen Revista Literaria
Cuentos de todos los Géneros. Artículos. Reseñas.
<http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm>
Suscripción: golwen-alta@elistas.net



Fanzine de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror:
<http://theplague.ci-fi.com/>



Revista de Escritura Creativa
Nitecuento
Colaboraciones, suscripciones e información:
Susana García
Apdo. Correos 38072 - 08080 Barcelona
nitecuento@teleline.es

Si te gusta leer. Si te apasiona escribir.

LA PARADOJA DEL DESTIERRO

Por Fabián Álvarez López

A Fabián ya le conocemos por sus poesías. Hoy nos presenta un cuento ambientado en el universo de *Y vi un cielo sin estrellas* (Pulsar nº 10). Nos cuenta su autor que es un proyecto bastante más amplio y que piensa desarrollar con el tiempo. Nosotros esperamos impacientes que nos ofrezca los sucesivos relatos que vaya desarrollando.

Llevo aquí treinta años, y parece que han sido trescientos... se dijo Ulises, al sentir el calor del sol en la cara cuando salió de su casa. Miró la escena a su alrededor, deteniéndose apenas un instante en los actores habituales: la pareja de chumberas, como un matrimonio verde y rechoncho cubierto de espinas; la torre del depósito de agua, junto al incansable molino de viento; la caseta de perro, sin perro desde hacía ya más de quince años... Quince años y medio atrás, una tumba sin nombre había entrado a formar parte del paisaje.

Luego, se lavó la cara en el abrevadero, y cuando se hubo despejado, fue detrás de la casa, a donde había un banco para colmenas, con tres colmenas vacías, y sacó una cuenta de mármol rojo de una cesta de mimbre que, guardada bajo el banco, ocultaba la entrada posterior de un nido de ratones. Hizo girar la cuenta en su mano, y luego la metió en una tinaja de barro negro, tan pulida que refulgía con el sol como si fuera metal. Las dos tinajas idénticas que había a su izquierda estaban llenas de cuentas semejantes, selladas con una hoja de vitela, los bordes fijados con cera de abejas. Cada una de las tinajas contenía 3.650 cuentas de mármol rojo. Acababa de depositar la cuenta número 3.650 en la tercera tinaja, así que sólo quedaban, en la cesta de mimbre, 3.650 más. Perfectamente contadas (una vez, por curiosidad, Ulises se había puesto a contarlas, y había descubierto, para su sorpresa, que el sistema funcionaba en algunos de sus aspectos). Las cuentas de las cuentas... cuadraban.

Oubliette, en el arco exterior de los territorios de la II República... un lugar perfecto para enviar a aquellos que eligen el destierro antes que la cadena perpetua, o aquellos cuyos crímenes merecen tal pena. Un sol de tipo G, templado, ni muy caliente ni muy frío. Una infinita extensión de desiertos de roca, con un manto freático lo bastante cerca de la superficie como para permitir la supervivencia de los desterrados, lo bastante lejos como para hacer que su explotación comercial fuera cualquier cosa menos rentable. Ulises, que tenía acceso a los satélites de comunicaciones y, a través de ellos a la red informática de la República, había comprobado una y otra vez los datos, e incluso en un par de ocasiones se había atrevido a hacer pequeñas excursiones. Los alojamientos de los desterrados se extendían por una amplísima extensión de terreno, las planicies nororientales del continente principal de Oubliette. Todo lo demás, era terra incognita. Sin duda, allí había dragones.



Mucho tiempo para pensar, y absolutamente nada que hacer. La pena de destierro es de 40 años; si consigues sobrevivir tanto tiempo, la república envía una nave a recogerte, y se te permite volver a vivir en sociedad.

Ulises, en todo el tiempo que había vivido en sociedad, jamás había oído hablar de nadie que hubiera vuelto del destierro. Sin duda, si hubiera ocurrido, los periódicos hubieran dado fe de ello... Irremediablemente, pensó, la República estaba cayendo en los mismos errores que había cometido su predecesora. Si la especie humana no reconocía sus propios fracasos, ¿cómo podía evitar volver a caer en ellos en el futuro? En un tiempo, cuando era joven, Ulises había creído que la esperanza y la redención de la especie humana vendrían del espacio exterior, de más allá de las fronteras de la República... que las respuestas a todas las incógnitas planteadas por la imbecilidad humana serían traídas, grabadas a fuego en tablillas de titanio, por esbeltos alienígenas portadores de luz.

Luego, al darse cuenta de que las especies alienígenas que trataban con la República no eran la respuesta a sus oraciones, Ulises había prescindido de Dios y de la esperanza en cualquier cosa ajena a la propia humanidad, y se había dedicado a escribir tratados políticos. Al principio, había tenido mucho éxito: la gente había escuchado sus razonamientos, e incluso algunos habían intentado poner en práctica las soluciones que él proponía.

Inútil, todo había sido inútil... una y otra vez, las ideas de Ulises habían fracasado, naufragando, estrellándose contra aquel terrible obelisco amenazador que parecía alzarse en el corazón de toda empresa humana: la corrupción. Finalmente, Ulises había ido demasiado lejos, o quizá había provocado un efecto inesperado, y un grupo terrorista, con sus libros como bandera, había cometido una masacre en uno de los espaciopuertos más transitados de Terranova. Más de quince mil personas habían perdido la vida instantáneamente... si se contabilizaban las que fallecieron a causa de las heridas recibidas, o debido a la radiación posterior, el número de víctimas superaba las cien mil.

La opinión pública reaccionó inmediatamente; algunos pedían su cabeza (aunque ningún planeta miembro de la República tenía, ni tiene, la pena de muerte en su legislación), otros clamaban por su inocencia. Finalmente, Ulises había sido arrestado... «para asegurar su seguridad», una mentira que no era del todo mentira, ya que había grupos ilegales que habían jurado ante las cámaras de varias cadenas informativas «acabar con la vida de Ulises Wilson-Castillo, el responsable intelectual de la masacre del espaciopuerto de Dortmund-Dusseldorf».

Harto de las mentiras del sistema judicial, harto de aquella charada en la que lo único que parecía querer la opinión pública era la cabeza del responsable, Ulises aceptó el trato que le ofreció el ministerio fiscal: el destierro. Sería trasladado al planeta Oubliette, y viviría allí su condena.



Todo eso había ocurrido hace treinta años. Hoy, en este día, se cumplían treinta años del día en que Ulises Wilson-Castillo, el famoso y respetado filósofo, profesor y orador, había descendido las escaleras de la lanzadera de transporte que le había trasladado a la superficie de Oubliette desde el cruce penal en el que había viajado desde Terranova, el mundo en el que había nacido, una vez llamado Tierra, y del que habían partido las naves del éxodo. Aunque nunca había sido su tema favorito, ni su especialidad académica, Ulises sabía que, en el tiempo del Éxodo, la humanidad había estado llena de admiración y gozo, y que las naves habían partido hacia las estrellas llevando, sí, cada una su pequeña carga de problemas y sinsabores heredados del siglo XXI, pero todas dispuestas a crear nuevos mundos. Había sido esa energía, casi juvenil en su entusiasmo, la que había llevado a los mundos del Éxodo a crear la I República.

La I República... una época casi mítica, a ojos de todos salvo los historiadores y los académicos. El hombre medio de un planeta medio, por ejemplo Nova Atlantis, tenía más posibilidades de saber quienes habían sido los egipcios, uno de los grandes imperios de la antigua Tierra, que de poder nombrar a los padres fundadores de la I República. La oscuridad había caído sobre una de las épocas más gloriosas del ser humano. ¿Por qué ese olvido? Porque la humanidad había hecho responsable a la luz de la I República, de los horrores y la larga noche (ciento cincuenta años para construirlo y veinte de largas guerras civiles para destruirlo) que había traído el Imperio.

Ulises dio la vuelta a la casa, y se sentó en un banco de piedra, que había construido con sus propias manos, a contemplar el lento proceso por el que el amanecer de Oubliette se convertía en la mañana. Ya había hecho su primera tarea, la primera en el rígido horario que se había impuesto a sí mismo para no volverse loco. Sin embargo, sospechaba que una rigidez extrema podía hacer caer también en la locura a un hombre que viviera en soledad cuarenta años, y por eso, de vez en cuando, se permitía romper la rigidez diaria con actos que, si bien no eran totalmente espontáneos, tampoco era totalmente planeados. Mientras el sol de Oubliette, poco a poco, alargaba las sombras de todas las cosas, Ulises volvió los ojos hacia sus manos... manos de académico, de filósofo, que se habían convertido en manos de agricultor, de albañil, de cantero.

«El destierro te enseñará humildad», le había dicho, después de reírse entre dientes, un guardia soez y mal uniformado, que le había llevado del tribunal a su celda después de que el juez dictara sentencia. ¿Humildad? Los primeros años le habían traído primero incredulidad, después furia, después aceptación. ¿Humildad? ¿Qué había de soberbio en querer mostrar a la gente cuales eran sus fallos, en plantear cuales los peligros que amenazaban a la II República si no corregía su curso? ¿Había soberbia en eso? Ulises había pasado una fase de religiosidad fanática y espasmódica durante su segunda década de destierro y, en algunos momentos, había pensado que no había nada más soberbio que intentar llevar al ser humano lejos de un ca-



mino que lo conducía al abismo. Pero en el año vigésimo quinto de su destierro había abandonado tales ideas por considerarlas ridículas.

Por un capricho del destino, Ulises había comenzado su condena en Oubliette el aniversario, el quincuagésimo para ser más exactos, de la toma del Palacio de Congresos por el ejército... en Terranova. Dos años más tarde, en esa misma fecha, el Gobierno Provisional había proclamado el Imperio. El aniversario de su destierro coincidía con la muerte de la I República y la proclamación del Imperio.

Que nadie se atreviera nunca a decirle que el mundo está carente de su propia ironía.

Éxodo. I República. Imperio. II República... Ulises se secó el sudor de la frente, con el dorso de la mano, mientras reflexionaba sobre la progresión de la humanidad en su larga historia. La historia pre-espacial, los acontecimientos anteriores al descubrimiento del vuelo interestelar, le eran casi desconocidos, pero no dudaba que en ellos había señales, semillas, indicios de las cosas que habían ocurrido después.

Había una diferencia importante, sin embargo, entre la I y la II República, y quizá era en esa diferencia donde se ocultaba la clave de la supervivencia del régimen: la II República no era hegemónica. Compartía el espacio humano con otras naciones, más o menos amistosas, más o menos hostiles: la Confederación de Weissmann, la Autoridad Centáurea, la Alianza de los Navegantes. Aunque todas aquellas naciones aceptaban a la República, y reconocían a Terranova como la vieja Tierra, la madre de la humanidad, la convivencia entre ellas no estaba exenta de tensiones. Quizá eran esas tensiones las que mantenían el equilibrio...

En cuanto a los seres no-humanos... el contacto con ellos era limitado, tentativo, lleno de desconfianza por ambos bandos. Pocas razas habían aceptado entrar a formar parte de una República con un noventa por ciento de población humana o neo-humana. Hasta donde Ulises sabía, los alienígenas eran poco frecuentes en territorio de la República, absolutamente exóticos en las otras naciones. Se decía que en la Autoridad se les cazaba como a bestias salvajes, mientras que en la Alianza dominaban el gobierno estelar desde las sombras. Probablemente, se dijo Ulises, ambos rumores eran exagerados.

Ulises se levantó, entró en la casa, abrió su ordenador portátil, e hizo unas cuantas anotaciones en su diario. Luego, desayunó: verduras de su propio huerto, pan, y agua. Se dijo que debería hacer un viaje para ver a su amigo Karl Mueller, otro desterrado que vivía a quince kilómetros hacia el este, y llegar a un acuerdo con él para que le vendiera, o le regalara, una pareja de gallinas. La dieta que seguía era deficitaria en proteínas, y los animales nativos de Oubliette no eran fáciles de cazar. Karl tenía un don para la ganadería, y había conseguido construirse una especie de granja avícola,



con la que mantenía abastecidos de huevos a todos los desterrados a treinta kilómetros a la redonda de su casa. A unas horas de viaje hacia el sur, había un oasis de agua salobre, en el que a veces podían pescarse grandes peces blindados, de carne blanca. No sabían demasiado bien, pero asados y sazonados eran un complemento muy aceptable a la constante dieta de frutas, verduras, pan y agua. Un día, hablando con Karl por el ordenador, habían discutido un rumor que decía que un desterrado había conseguido criar ganado vacuno, pero decidieron que debía de ser mentira. ¿Cómo podría alguien introducir ganado en Oubliette, salvo mediante el contrabando? ¿Y si lo hubiera obtenido mediante contrabando, quien se habría atrevido a revelar tal hecho? No era un delito en sí tener ganado, lo que era delito era el contrabando. No había carceleros en Oubliette, pero sí algunas naves de la República en órbita... y se decía que algunos de los desterrados eran capaces de buscar reducciones de condena vendiendo información... sobre sus propios compañeros de destierro.

Treinta años había pasado Ulises en el destierro... cuando había descendido las escaleras de la lanzadera, y había pisado por primera vez el suelo de Oubliette, había sido un hombre maduro, en la flor de la edad. Ahora se acercaba a los setenta años; todavía le quedaba una larga y plácida madurez hasta que su cuerpo empezara a declinar. Cincuenta años habían transcurrido desde la proclamación del Imperio cuando había comenzado su condena, lo que significaba que hoy se cumplían ochenta y dos años de la caída de la I República... Pronto, la II República celebraría su sesenta y cinco cumpleaños, pero él no estaría en Terranova para participar en las celebraciones. Era extraño que necesitara el ordenador para recordar su cumpleaños, mientras que las bolas de mármol le servían perfectamente para contar los años de destierro...

El rugido de unos motores atmosféricos le hizo alzar la vista, y vio como la silueta de una lanzadera penal de la República ocultaba el sol por unos instantes. Luego, se reorientó, y empezó a descender hacia una planicie situada a unos ochocientos metros de su casa. La misma planicie en la que había aterrizado la lanzadera que le había traído a Oubliette, treinta años atrás. Se puso de pie cuando vio descender a dos miembros del ejército republicano, dos simples soldados por su uniforme.

Descendieron de la lanzadera, y se acercaron a él, sus armas al cinto, sus botas creando nubecillas de polvo a cada paso. Sus rostros, jóvenes, un varón de origen caucásico y una muchacha con antepasados africanos, estaban orlados de sudor. La mujer se adelantó, e hizo una inclinación de cabeza.

—¿Doctor Wilson-Castillo?

—Sí, yo soy. ¿Qué ocurre?

El hombre sacó un mini-ordenador, y procedió a insertar en él un chip de datos. La mujer dijo, presentando sus credenciales:

—Mi nombre es Valerie Saint-Paul, soldado de la República. La Corte Suprema ha revisado su caso, tras recibir una petición de indulto firmada por los ciudadanos de la República. Acérquese, por favor.

Ulises Wilson-Castillo se inclinó para mirar la pantalla del ordenador; no creo que sintiera nada cuando sus dos asesinos le mataron de un golpe en la nuca. Según los informes forenses, no hubo sangre. Fue un golpe limpio, una muerte rápida y silenciosa.

Gran parte de lo que ocurrió después es conocido gracias a los periódicos; los dos asesinos, miembros de una organización ilegal llamada «Justicia y Lucha», escindida del grupo que había organizado los atentados contra los embajadores de Iris en el año 2410, volaron hasta Diké, el planeta civilizado más cercano a Oubliette, y se entregaron al personal de la legación diplomática de la República. Su grupo llevaba treinta años planeando el asesinato de «el responsable intelectual y moral de la masacre del espaciopuerto de Dortmund-Dusseldorf», y ahora los asesinos (verdugos, fue el término que usaron para referirse a sí mismos durante el juicio) se entregaban a las autoridades de la República como gesto de protesta, para pedir cambios en la legislatura republicana, entre ellos la reinstauración de la pena de muerte.

Tras varias sesiones, ruidosas y problemáticas, el tribunal, en medio de una gran polémica, dictó sentencia. Contra sus expectativas de convertirse en mártires, los dos asesinos fueron condenados a la pena de destierro en Oubliette. Allí, habitarían la misma casa que había ocupado Ulises Wilson-Castillo. Su pena sería de cuarenta años, y al cabo de cuarenta años, si seguían vivos, serían liberados y podrían recuperar sus puestos en la sociedad.

Pero no será así. No estarán vivos dentro de cuarenta años. Si no se matan entre ellos, si no se suicidan en nombre de sus ridículas ideas, yo mismo viajaré a Oubliette, como hicieron ellos, y les mataré.

¿Por qué enviar al destierro a quien quiere morir? Voy a demostrarles que tienen razón; algunos seres humanos merecen la muerte. Ulises Wilson-Castillo solo había escrito libros. Ellos le mataron. Por tanto, morirán.

© Fabián Álvarez López

Fabián Álvarez tiene 29 años y vive en Madrid. Es licenciado en Filología Inglesa y posee el título de Proficiency in English, de la Universidad de Cambridge. Actualmente da clases de inglés a domicilio... aunque espera pronto comenzar sus estudios de Doctorado.



NO CUMPLIENDO AÑOS

Por Dorian Cano

A quién no nos gustaría permanecer eternamente jóvenes. Lamentablemente todavía no se ha inventado una droga de la eterna juventud. O una máquina que nos haga retroceder en el tiempo...

Tení todo planeado. Dos días antes de cumplir los veinte años regresaría en el tiempo, al inicio de semana y cuando nuevamente faltaran dos días para su aniversario utilizaría la máquina del tiempo y retrocedería al comienzo. Así nunca cumpliría años, viviría y se mantendría joven por siempre.

Repitió el proceso continuamente, hasta que alguna vez subió a la máquina y al regresar jamás pudo completar otro ciclo.

Viejo y cansado había muerto en el viaje de regreso.

© Dorian Cano

Dorian Cano además de poeta es director de la Revista Ochocientos (<http://www.revista800.com/>). Ha perdido la cuenta de cuantos libros ha leído y cuantos prestado. Planea muy pronto releer los que tiene y recuperar los prestados... No le deseamos mucha suerte.



EL ÁNGEL MALO QUE SURGIÓ DEL SUR

Por Ángel Torres Quesada

Publicado por primera vez en el número 141 de la querida revista *Nueva Dimensión*, hoy nos atrevemos a rescatar del pasado un cuento con un poco de fantasía, o con mucha fantasía, según se mire. ¿No han soñado nunca con ser ricos y famosos? Y un poco de ciencia-ficción, o mucha ciencia-ficción, según se mire. ¿Se han preguntado alguna vez si todo es posible por muy ángel malo que se sea? ¿Habrá alguna limitación impuesta por la realidad? Lean y decidan ustedes mismos.

A

penas terminó de materializarse, gritó:

—¡Ya está bien, coño!

El estentóreo bramido repercutió en toda la sala de la lujosa mansión del Sr. Aprieto, que palideció y se quedó encogido en el sillón donde había estado dormitando, vencido por el cansancio y tantas horas de aburrida espera.

Sus ojos se abrieron a continuación como platos y bailotearon vertiginosamente, como si un centenar de chistularis ensayaran dentro de su cabeza aún aturrida, a todo ritmo, la zarabanda que debían interpretar en la plaza mayor del pueblo el día del patrón.

Quizá fueron las esencias de tantas mixturas pseudomágicas que ardían las que provocaron el trance en que se había sumido y del que la voz fuerte, de ultratumba, le sacó tan violentamente.

Con un temblor en sus piernas que a veces le hizo entrechocar las rodillas, se incorporó, realizando un gran esfuerzo para sobreponerse al miedo, la sorpresa, y sus deseos, sobre todo, de salir corriendo de allí. Pero algo en su interior le dijo que ya no podía volverse atrás. Tenía que enfrentarse a lo provocado.

Sacó pecho, hundió estómago y adelantó el mentón. Luego intentó mover una pierna y... todos sus propósitos se vinieron abajo: seguía con aquel miedo que le aplastaba los hombros. ¡Adelante!, se dijo. Echó una mirada al personaje que continuaba despotricando a un par de metros de sus narices. Aprieto tenía detrás la mesa de nogal que le aprisionaba en los riñones, pero que al mismo tiempo sostenía su precaria posición vertical. Aumentó su apoyo en ella, acomodando sus posaderas en el canto para apuntalar su cuerpo lleno de temblores.

Entonces la visita se revolvió hacia él, y le miró como se contempla una cucaracha antes de aplastarla.

—He dicho que ya está bien, coño —repitió el personaje—. ¿Es que no me ha oído?



¿Cómo no iba a oírle si hasta había hecho oscilar los sólidos muros de la señorial mansión de sus antepasados? El Sr. Aprieto aspiró profundamente. ¿Por qué tener miedo? Al fin y al cabo, el diablo estaba allí porque él lo había llamado. Además, mientras el ente diabólico permaneciera dentro de los signos cabalísticos nada podía temer. Allí estaba más seguro que en el penal de Ocaña.

Carraspeó y dijo:

—El diablo, supongo.

—Eso, y usted es Livingstone. ¿Quién voy a ser si no, joder?

—Es que como ha tardado tanto...

—Pues no pensaba acudir a la llamada, ea.

Aprieto le miró estupefacto, fijándose con más detenimiento. El aspecto del diablo no tenía nada de aterrador. Por el contrario, consideró ridícula e inadecuada su vestimenta, ya que en el exterior hacía fresco, un airecillo frío que se filtraba por las mal encajadas ventanas, por lo que él se llevó un buen rato antes de hacer la invocación, atizando el fuego que aún crepitaba con fuerza en la chimenea, con el exclusivo fin de proporcionar a la esperada visita el acogedor ambiente que merecía.

—¿Por qué ha dicho que no quería venir? —preguntó susurrante.

—¡Porque estoy hasta los mismísimos cojones de aparecer tan a menudo! —resopló, y sus ojos se encendieron como brasas, lo que le resultó lógico al Sr. Aprieto—. Ya está bien que se me utilice tanto últimamente: que si Belce por aquí, Elfegor por allá, y Lucifer por todas partes, para un zurcido y un añadido. ¡Hombre, que no hay derecho! ¿Es que ustedes no pueden pasarse sin mí? ¿Tan pajoleros son que no pueden resolver sus problemas sin mi intervención? Jodidos humanos de este jodido tiempo y de esta jodida dimensión, nada nueva en cuanto a ofrecer, por cierto.

El Sr. Aprieto pensó en sus amigos, uno de Santurce y tres de San Sebastián, a los cuales pidió consejo y ayuda con el fin de conocer las triquiñuelas y misterios necesarios para convocar al diablo. Se dijo que cuando lo contase no iban a creerle, porque explicar que el demonio se había presentado en camisa estampada de flores, pantalones cortos y playeras, no iba a resultar una imagen que correspondiera con la más severa tradición.

Pero de aquel personaje en prendas veraniegas emanaba algo que le inducía a pensar que no existía falsificación, fraude, plagio o intento de engaño. Vamos, que no se trataba de una broma por parte de algún conocido, que intentase cachondearse con él sabiendo lo que se proponía llevar a cabo esa tarde. Nada de eso. Estaba ante un auténtico diablo, pese a la vulgar in-

dumentaria. Pero aún conservaba una ligera duda, porque se había expresado muy soezmente y con escasa respetabilidad. Claro que, por otro lado, él nunca había visto al diablo, pese a los muchos cuentos leídos de apariciones satánicas, ventas de almas y otras sandeces, sobre todo de autores de poca imaginación, peor estilo y con indicios claros de haber tomado ideas prestadas de la literatura foránea, aunque tales historietas podían ser consideradas como originales por lectores poco duchos en la literatura fantástica y de SF. Pero el Sr. Aprieto, que tenía un gran olfato, en seguida detectaba el plagio descarado gracias a su profunda cultura y conocimientos plumíferos.

Se dijo que debía comportarse como un educado anfitrión, una vez superado el trauma de la sorpresa y alejado el miedo inicial. Por lo tanto, con un gesto grandilocuente, invitó al diablo a sentarse, y este lo hizo después de bufar, resoplar y tirarse un pedo largo y prolongado. Ante esto, Aprieto ni se inmutó, y terminó tomando asiento después de que lo hiciera su visita. Le observó cruzar unas piernas flacuchas, que mostraron chamuscadas las regiones pilosas más pobladas. Gajes del oficio, se dijo.

—Señor Diablo —empezó a decir, queriendo insuflar a su voz una calma naturalidad. Fracasó estrepitosamente, porque le salió aguda y temblorosa—, siguiendo las más estrictas normas vigentes en casos tan singulares como este, tengo a bien suplicarle que su presencia en mi casa, que es la suya, sea...

El demonio le miró torvamente, como era su costumbre, pero además añadió un marcado gesto de nauseabundez.

—Oiga, hábleme de manera corriente, para que nos entendamos, pues de donde vengo son más claros y ya me he acostumbrado a llamar las cosas por su nombre, sin rodeos. ¡Ah! No olvide que aún estoy considerando la posibilidad de largarme con viento caliente y dejarle ahí sentado.

Aprieto palideció un poquito. Deglutió, ya que no le gustaba tragar saliva trabajosamente, y dijo:

—La verdad es que no entiendo su actitud, Sr. Diablo. Parece estar enfadado. Lamentaría que fuera por mi culpa, ya que siento por usted un profundo respeto y admiración. Si he ejecutado algún acto erróneo en la conversación, dígame. Puedo alegar en mi defensa que ha sido la primera vez. En sucesivas ocasiones corregiré los posibles defectos habidos. Sentiría muchísimo ser marginado de su amistad por...

—¡Qué no, coño! No es solo por usted. Mire, es que llevo una temporada saturada de trabajo. —Se apaciguó un poco tras lanzar dos largos resoplidos—. Antes de llegar estuve por allá abajo, pegándole un coscorrón a un tipo que se las da de escritor y utiliza mucho mi nombre sin pagar royalties. ¡Me trae hartos! Previamente tuve unos enormes problemas en Malaguay, esa republiquita bananera, a consecuencia de los cuales casi pierdo mi categoría



de Jefe Supremo del Averno por problemas laborales. Y con anterioridad, un infeliz aprendiz mío, que ahora barre las cavernas y friega las calderas, me formó un lío endemoniado, y nunca mejor dicho, en el futuro porque allí existe un complicado sistema monetario. Mientras tanto no dejé de formalizar pactos con gente de toda calaña, desde el imbécil que pretendía una quiniela de catorce, pasando por el ministro que deseaba empapelarse a un periodista de la prensa amarilla, dejando atrás al presidente de la federación que ansiaba convertir en bombona de butano a cierto locutor de radio, o aquellos travestís y andróginos que no veían la hora de ver realizados sus deseos más íntimos. Vamos, que no he parado. Me he dicho que ya está bien. Tengo merecido un descanso, ¿no?

—Oh, sí. Estoy seguro que se merece eso. Verá, es que mi caso es muy especial. Confío que pueda dedicarme unos instantes de su tiempo, ya que al fin y al cabo es eterno, ¿no?

El diablo miró a Aprieto de arriba abajo, con desdén.

—No me interesa. Tenemos el cupo de almas completo, ocupado hasta el último rincón del infierno. Cerrado el negocio, vamos. Cómo se dice, overbooking, ¿entiende? Después de esta llamada no contestaré ninguna más en un montón de años. Descolgaré el teléfono. Lo último que haré será venir a este país. No tengo necesidad de prestarle mucha atención para que estén todos jodidos. Con los ministros que tienen van aviados. Me limitaré a dejar-selos una temporada larga. ¡Sí señor, yo soy así de perverso!

—Bueno, yo... Es que me dieron una recomendación para usted...

—¿Y no le da vergüenza? —El diablo meneó la cabeza—. No, si debí haberme figurado que pasaría algo semejante. En este país ocurren esas cosas. Amiguetes, capitalistas, circulitos conchabandos y demás. Señor mío, eso de las recomendaciones está muy feo.

—Es que procede de una persona muy importante...

—Jo, jo. Me río yo de esos. Para mí no vale recomendación alguna, venga de quien sea.

—Es del cura párroco del pueblo.

El diablo alzó las manos y abrió la boca.

—¡Ah, viniendo de ese todo cambia! Lo conozco y no puedo negarle nada. Me hace muchos favores enviándome cantidades de clientes. En tal caso haré una excepción con usted, señor suyo.

—Querrá decir señor mío, ¿no?

—Eso se lo diré cuando me apropie de su alma, pues imagino que es lo que piensa entregarme a cambio de... Por cierto, ¿qué desea?

Aprieto aspiró profundamente, abombó el pecho, y dijo con solemnidad:

—Quiero ser el mejor escritor de ciencia ficción del mundo.

—¡Coño! —exclamó el diablo, verdaderamente sorprendido.

Aprieto siguió diciendo:

—En realidad, me considero ya el mejor de este país, pero...

—¿Entonces? No comprendo.

—Mire, señor Diablo. He dicho que quiero ser el mejor, el más leído, admirado, venerado, envidiado, idolatrado, y a quien los editores le supliquen un relato o novela; a quien los productores de cine le disputen los derechos de sus obras para llevarlas a la pantalla grande o chica. También sueño con ser el más traducido, y quien más galardones obtenga.

—Ya lo comprendo. ¡Usted lo que quiere es dominar el idioma inglés como si fuera el suyo y escribir para los Estados Unidos!

—¡No! Eso no tendría mérito para mí. No quiero que luego se me traduzca al castellano. Tengo que triunfar aquí, pese a los contubernios de los editores y sus amiguetes; pasar por encima de modas y estilos, de todas esas zarandajas. ¡Mis obras han de ser consideradas las mejores y traducidas a todas las lenguas del mundo, que me editen libros y recopilaciones por millones, y mi nombre sea más conocido que los de Asimov, Heinlein y Bradbury juntos, que a mi lado no sean sino aprendices!

El diablo se pasó un dedo por los labios, en sensual caricia, mientras contemplaba con ojos entrecerrados a su posible cliente.

—Me resulta usted un poco modesto, caramba. Dudo que su alma valga tanto para que yo la acepte a cambio de semejante trabajo. Sería más sencillo si aspirase a ser presidente de este país, porque comparado con lo que ambiciona es una minucia.

Aprieto le miró despectivo y lleno de rencor.

—Comprendo, comprendo. Mucha propaganda por ahí, y luego todo queda en nada. ¡Solo fachada y vulgar publicidad!

—No se moleste en herir mi amor propio —protestó el visitante—. Es que hay solicitudes y solicitudes. Confiese que la suya es de las más peliagudas que me han hecho.



—El párroco. Recuerde al párroco.

—Déjelo estar, ¿eh? Bueno, haré lo que pueda. —Meditó un instante—. Tengo que volver abajo, reunirme con mis consejeros, y tratar de solucionar el asunto. Desde luego, nunca deseé tanto unas vacaciones como en estos momentos —terminó suspirando.

Su interlocutor no pareció satisfecho.

—Yo pensé que usted lo conseguía todo y al instante.

—¿Cómo? ¿De qué forma supone usted que trabajo?

—Pues no sé... Por ejemplo, que se limita a chasquear los dedos, y todos los editores empiezan a suplicar que les entregue mis obras, al mismo tiempo que arrinconan las de otros escritores. Seguidamente, del extranjero llegan solicitudes para obtener mis permisos de traducción y...

—Eso es. Mientras tanto yo, ¡hala!, a mover y reacondicionar a miles de millones de mentes, adaptando los gustos del mundo a sus paridas, haciendo que los lectores se emboben con las creaciones de la gran revelación del siglo. Ah, no. No resulta tan sencillo. Mire, usted me pide un montón de oro y se lo doy. ¿Un kilo de billetes de cinco mil? Pues hecho. ¿Una quiniela de catorce? Nada más fácil: me traslado al futuro, leo los resultados y se los comunico. Claro que no podría garantizarle si el premio sería para usted solo o tendría que repartir entre tres o cuatro mil apostantes más. En tales cosillas no hay problema. En cambio lo otro...

—¡Pues yo quiero ser el mejor escritor de ciencia ficción del mundo y no otra cosa!

El diablo se levantó iracundo.

—Que sí, hombre, estudiaré su caso. Mientras tanto, tenga —le tendió un pergamino enrollado.

—¿Es el contrato? ¿Ahora?

—Claro. Es preceptivo. Tengo que volver al infierno llevándolo. De otra forma no podría empezar a trabajar en su caso. Son cosas de la legislación vigente, ¿sabe?

—Pero si aún no me ha garantizado nada...

—Escuche: de la forma que sea, hallaré el medio para que se convierta en el mejor y más popular escritor de SF del mundo. El cómo no le importará a usted, sino el resultado. ¿De acuerdo?



Después de una corta vacilación, Aprieto cogió el pergamino y trazó su irreconocible firma con el bolígrafo que nunca abandonaba y cuya carga no parecía gastarse jamás.

—Confío en usted. —Hizo un esfuerzo y añadió—: tiene aspecto de ser un caballero.

—Pues ya verá cuando vuelva. Entonces traeré mi traje de los sábados. Es que así, como me ve, voy mejor por las tierras calurosas donde he estado ahora, muy fresquito. ¡Hace tanto calor por las costas del Sol y la Alegría!

—¿Le molesta el calor? —preguntó, mosqueado, Aprieto. ¿Y si al final aquel tipo fuera un farsante? Se mordió los labios y decidió callar. Con su desconfianza y recelos innatos podía echarlo todo a perder si expresaba en voz alta sus temores y el diablo se ofendía, dejándole allí con un palmo de narices.

—El calor del sol, sí. —Rápidamente, el otro puso los ojos en blanco, como recordando un placer sublime—. Pero si viera lo agradable que es la temperatura de mi hogar, siempre estable a cinco mil grados. —Se alzó de hombros, resignado—. En fin, mejor no pensar. Me voy y vuelvo en seguida. No se vaya, ¿eh?

Desapareció.

Aprieto solo tuvo tiempo de parpadear dos veces. A la tercera de nuevo estaba allí el diablo, pero ahora con un impecable traje de pata de gallo, corbata roja y camisa de seda color canela con chorreras y bordados de plata.

—Bueno, todo arreglado —dijo, sentándose en el mismo sillón que había abandonado tres segundos antes.

—¿Tan pronto? ¿Cómo es posible?

—Es muy sencillo. Yo me muevo por el tiempo, amigo. Para mí la reunión que he tenido con mis consejeros ha durado dos días. ¿Por qué iba a hacerle esperar tanto? Ya está todo resuelto —añadió, sonriendo con la satisfacción del profesional que cumple con un trabajo nada fácil.

—¿De veras? —inquirió Aprieto, frotándose las manos.

El ente diabólico se puso súbitamente serio, unió las puntas de sus dedos y comenzó a decir brevemente:

—En cierto modo no ha resultado sencillo. Traigo una oferta para usted. Es la única factible, le advierto. Si no es de su agrado la rechaza, o rompemos el compromiso, y aquí no pasa nada. Usted y yo seguimos siendo no amigos, pero tampoco enemigos.

La risueña expresión de Aprieto se difuminó de repente.

—Explíquese —pidió.

—A eso iba. Mire, podemos conseguir que sea el mejor escritor de ciencia ficción de este mundo... o del que sea preciso.

—No entiendo ni puta palabra.

—Joder, preste atención. Además de moverme por el tiempo, yo también cubro una serie de mundos paralelos a este, algunos miles.

—¿Es que existen de verdad esos tan traídos y llevados mundos paralelos?

—Desde luego. La noticia se la vendí a un colega suyo, que la usó como idea para uno de sus libros de SF hace ya mucho tiempo. Como el servicio no era muy importante, por mi parte solo le pedí, a cambio, el alma del dedo índice derecho. Eso sí, el derecho, para fastidiarle. Además de ser muy conservador le gusta metérselo en la nariz, y sin alma dedal no resultaba muy eficaz.

—Pues no podía imaginarme que se vendiera el alma en general por partes, no.

—En realidad fue una operación a plazos, porque al final conseguí el resto. El cliente en cuestión se habituó y acabó vendiéndola enterita, pero por un importe total muy inferior de haber hecho la transacción de una vez. No hizo buen negocio. Eso pasa a los timoratos. Por eso me gusta usted, amigo. Dice: venga, allá va mi alma, de un tirón. Me resulta muy majo, sí señor. He simpatizado con usted por tales motivos, además de la mala uva que tiene.

—Oiga, sin faltar, que yo no...

—No se ponga así, hombre, que nos conocemos bien. Sigamos. Mi plan es el siguiente: yo le traslado a un mundo donde no existan escritores de ciencia ficción, para que usted se convierta en el mejor.

Aprieto estuvo a punto de caerse de la silla, de tal magnitud fue la impresión que recibió. Se sobrepuso y pudo balbucir:

—Pero... eso no es lo que quiero. Ese mundo resultaría muy diferente. Quizá no me gustara...

—Nada de temores. Hemos encontrado uno en donde la ciencia ficción está por descubrir. —El diablo sonrió de forma tremendamente endemoniada y llena de picardía—. ¿Por qué no usa la imaginación y elucubra con las posibilidades que le pongo al alcance de su máquina de escribir?

—La verdad es que no logro captar... —confesó con un poco de vergüenza al admitir que a veces tenía que suplir con grandes esfuerzos la falta de originalidad de sus escritos, circunstancia que luego criticaba hasta la saciedad en otros colegas—. Además, eso de ir a un mundo diferente a este... No sé... Podría ser tan distinto... Por ejemplo, sin cine, sin chicas en monokini o, lo que es peor, en donde la Real Sociedad no hubiera ganado la liga al Real Madrid. Resultaría un universo horrible, ¿no?

—Me ofende, amiguete. He dicho que sería un mundo exacto a este, al suyo, excepto que Hugo Gernsback no habría descubierto la SF, ni tampoco existirían Wells o Verne, ¡Por mis pezuñas! ¿Es que sigue sin comprender?

Hundido en la silla, Aprieto negó con tímidos movimientos de cabeza.

El diablo suspiró y, pacientemente, dijo:

—Yo pongo en sus manos todos los temas y argumentos de SF que se han usado en este mundo, miles de novelas, cuentos, relatos cortos o largos. Podría dejar de escribir solo relatitos de media docena de páginas y dedicarse a las grandes obras, desde la Guerra de los mundos, 1.984, Dune, Pórtico, Universo de locos, Fundación, Cita con Rama, Todos sobre Zanzíbar, la tetralogía de los dioses de Dhruve, mejorándola, claro. Nunca digas buenas noches a un extraño, Gabriel... ¿Qué le parece?

Tras ponerse blanco y luego rojo, Aprieto despidió unas chispitas extrañas por sus ojos.

—¿Yo podría escribir todo eso? Claro que... —se tornó serio de súbito—. ¡Eso nunca lo haré! ¡Sería una vergüenza, indigna de un profesional de mi clase! ¡Lo que me propone es un plagio, descomunal y monstruoso!

—Sería un plagio en este mundo, pero no en el que iría a vivir. —El diablo se alzó de hombros—. Allá usted. Lo toma o lo deja. Pero antes debe meditar seriamente la respuesta. No tengo ya mucho tiempo. Estoy ansioso por marcharme de vacaciones. He reservado un apartamento en el barrio más ardiente y aristocrático del infierno, cerca de las cavernas de lava y los grandes lagos de magma.

Aprieto se dejó caer en el sillón, entrecerrando los párpados.

Pensó.

Se vio a sí mismo reescribiendo las obras maestras, convirtiéndose en la sensación de millones de lectores que se pasmarían ante su increíble inventiva, incapaces de dar crédito a tantos libros que con su firma inundarían el mercado, una auténtica riada de imaginación y creatividad. Sí, el diablo tenía razón. En el universo paralelo nadie podría acusarle de plagio porque las ideas serían inéditas. Además, tendría donde elegir, tanto que ni en mil años

podría trasladarlo todo al papel, lógicamente con un gran estilo y personalidad. Todas las obras, incluso las mediocres, tras pasar por sus manos, ganarían calidad. Lamentó no haber pedido también la inmortalidad y así disponer de tiempo para lanzar a los absortos ojos del mundo lector cientos y cientos de originales, que aunque no suyos, nadie podría negarle la paternidad de la producción literaria más increíble jamás vista.

Admitió que la propuesta era tentadora.

Abrió los ojos y exclamó:

—¡Acepto!

—Magnífico —sonrió el diablo, empezando a levantarse.

—¿Cuándo me enviará a ese mundo?

—Ya está en él —soltó una carcajada—. Y no tema, que no encontrará nada que le conturbe. Tendrá sus amigos y familiares, todos. Se enfrentará con los mismos problemas que dejó en el otro mundo, donde no conseguía triunfar. Hasta padecerá de dolores de cabeza a causa del tráfico, el aire contaminado y la inflación. Por supuesto, la Real habrá ganado la liga y el Mundial se celebrará el año previsto, si antes los políticos que rigen el mundo, que aquí son igual de chapuceros como en el otro, no envían al carajo el planeta. En fin, que todo lo encontrará idéntico, excepto que nadie habrá escrito ni leído, por supuesto, ni una novela de SF. En sus manos está ahora la posibilidad de crear la historia de ese género que, con todos mis respetos, me parece una sandez. Además, como regalo particular, dispondrá de una memoria de elefante y recordará, hasta la última coma, todas las novelas y relatos que haya leído. Así podrá reproducirlos fielmente o cambiarlos a su gusto.

—Entonces, ¿ya está todo dispuesto?

—Desde luego. Ah, suelo hacer una visita de cortesía a mis clientes al cabo de unos años, tras haberles satisfecho su deseo. En cierto modo me gusta contemplar como se depauperan los cuerpos y el alma se escapa despacio, muy despacio. —Soltó una cantarina carcajada.

Asustado, Aprieto preguntó:

—¿Va a tenderme una trampa? ¿Acaso sabe que voy a morirme pronto y no dispondré de tiempo para ser célebre y rico?

—Nada de eso. Llegará a viejo. Será un ancianito dentro de... —hizo un cálculo rápido— cincuenta años, más o menos. Entonces será cuando le visite, en el momento en que le reste poco tiempo de vida en este mundo, al cual ha llegado gracias a mí.



Y el diablo desapareció, sin dejar un pajolero rastro de azufre, como Aprieto había temido. Entonces se asomó a la ventana, un poco receloso. Pero al otro lado de los árboles brillaba la campiña, y los pájaros cantaban alegremente. Más allá discurría la autopista, repleta de coches que buscaban un poco de espacio en el campo aquel fin de semana. Todo era igual. Los modelos los mismos, y los automovilistas tan enfadados como siempre,

Aprieto se sintió feliz.

El más feliz de los mortales. Y pronto sería el mejor y más famoso escritor de SF de todo el mundo.

Tal como le había prometido el diablo, Aprieto recibió su visita una tarde de otoño, al cabo de los años. Se hallaba sentado muy cerca de la estufa, junto a la ventana. Lejos, la triple autopista estaba cubierta por una masa tres veces mayor de coches que cincuenta años atrás.

—Hola —saludó el diablo—. Le encuentro un tanto apagado. Hombre, que aún falta bastante para que pueda mostrarle los encantos de mis Reinos Profundos. Ea, vamos, levante esos ánimos. ¿Qué le pasa?

Aprieto le miró compungido. El diablo, que había estado muy ocupado durante aquel medio siglo transcurrido en otros tiempos y dimensiones, nunca nada originales, le devolvió el gesto triste, aunque con mucha extrañeza.

—¿Pero a qué viene esa cara tan mustia? ¿Es que no es feliz siendo el mejor autor de SF, tal como deseaba?

—¡Mierda! —gimió el viejo.

—¿No? ¿Pues qué ha pasado?

—¿Va a decirme que no lo sabe usted, condenado diablejo?

—Le juro por mi rabo que no. Vamos, créame. Yo no suelo estar espiando constantemente a mis clientes. Cuénteme. Estoy intrigadísimo.

El anciano se sorbió dos velas que le caían de la nariz, tomó un buchito de tila, que en los últimos años había consumido por toneladas. Dejando a un lado el incipiente enfado, dijo roncamente:

—He fracasado.

—¡No es posible!

—Sí lo es. Mire, señor diablo. Me puse a escribir como un loco, o si prefiere, a reescribir todo lo mejor que había leído. Fueron montones de originales, que enviaba a un tal Ombligo Santo, que por aquel entonces editaba



una colección de novelas pornográficas llamada el Coño Tallado y otra del oeste, creo que era Nueva Frontera del Far West. ¡Pues nada! Ni el Ombligo ni otros editores me publicaban nada. Así, ¿cómo iba a ser célebre? Me decían que mis escritos eran muy raros, que no valían, y que si ningún escritor yanqui había producido algo parecido era fácil deducir que el tema, que yo llamaba lógicamente ciencia ficción, no tenía ningún porvenir ni presente ni futuro en la literatura. Luego, algunos, me sugerían que me dedicase a novelas policíacas o del oeste, que entonces sí que serían publicadas. Pero de SF no querían ni oír hablar.

—¡Puñetas! —exclamó el diablo—. No esperaba yo que pudiera ocurrir esto. Lamento haberle defraudado, amigo mío. Pero yo fui muy sincero y le advertí que usted tenía que forjarse, con sus propios medios o los que le proporcionasen esos autores del universo que dejó, el triunfo. No pude hacer más.

—No, si en realidad apenas le guardo rencor, señor demonio.

—Me alegro que se tome el asunto tan filosóficamente. —Miró la habitación, y sintió admiración ante tanto lujo como contenía—. Vaya. Al parecer las cosas tampoco le han ido muy mal, ¿no?

—Psché. No puedo quejarme económicamente. He ganado mucho dinero. Al final hice caso a Ombligo Santo, que no paraba de vender novelas porno y del oeste por millones, y se forraba el tío. Ahora, gracias a mí, es multimillonario. Soy su autor preferido, y afirma que con publicar mis novelas tiene bastante. A los demás escritores les dio hace tiempo la patada.

—¿Cómo ha sido posible ese milagro, con perdón?

Una tristeza infinita inundó el rostro del anciano cuando dijo:

—Tengo fama, sí. Y admiradores por millones, cierto. Bueno, en realidad son admiradoras. Mis novelas románticas se adaptan por docenas al cine y a la televisión, y se serializan por radio a lo largo de centenares de capítulos diarios. Hasta se traducen al chino y al arameo. En fin, que soy el mejor escritor del mundo, el más célebre y admirado, por mis novelas rosas...

Y se le saltaron dos lagrimitas, que discurrieron suaves por las arrugadas mejillas. Muy despacio, el célebre autor Don Ramón Aprieto se las secó con un pañuelo.

© 1.981 by Ángel Torres Quesada

Ángel Torres Quesada es uno de nuestros autores más prolíficos, ha publicado un total de 47 novelas bajo el pseudónimo de A. Thorkent o, menos frecuentemente, como Alex Towers. Actualmente la editorial Robel está reeditando sus novelas de la Serie del Orden Estelar. También posee su propia columna, *La Memoria Estelar*, en Bibliopolis, crítica en la Red (<http://www.bibliopolis.org/>).

Novelas

LA APUESTA

Por E. C. Tubb

Hoy abordamos la tercera de las cuatro entregas de las que consta *LA APUESTA*. Esperamos que sea de vuestro agrado.

5

San Luchin, sentado en la habitación de su hotel, se estremeció al escuchar el parte de noticias. ¡Necios! Los muy necios habían empezado a cobrar piezas demasiado pronto después de su llegada. Y con todo, por muy necios que hubieran sido, habían logrado que la cacería se hiciera más excitante.

En el suelo, delante, estaba extendido un gran mapa de la ciudad. Luchin lo examinó y señaló las zonas en las que se habían encontrado los cadáveres. Sus ojos de gato brillaron de interés cuando extrapoló los resultados de la extemporánea cacería. Habían subestimado los recursos del planeta, no había duda. La radio había dicho que los sectores habían sido acordonados y que toda persona descubierta dentro de ellos sería interrogada y examinada. Y era igualmente obvio que deberían deshacerse de sus trofeos y, al mismo tiempo, arriesgarse a que los descubrieran.

Mostraba los dientes mientras pensaba en ello, casi envidiando la situación de sus compañeros de caza, y, no obstante, reconociendo el peligro en que se encontraban. No un riesgo de aniquilación personal, por supuesto, ya que sus campos de fuerza protectores lo evitarían, sino que al estar tan atareados perderían irremediablemente la apuesta. Y lo más importante, debían evitar toda sospecha innecesaria. No por parte de los nativos, estos no importaban, sino de los atentos Guardianes. Era un planeta de caza demasiado excelente para que lo perdieran de vista tan pronto.

Lo más estúpido de todo había sido tomar trofeos en lugares donde los cadáveres iban a ser descubiertos casi al instante.

La impaciencia hizo que empezara a pasear por la habitación. Ya había hecho sus planes y examinado la zona; sabía dónde y cuando debía atacar y hasta tenía ya dispuestos y aguardando los recipientes para sus trofeos. Se detuvo ante las maletas de plástico... ¡Qué extraño que aquella especie conociera los plásticos! Eran ideales para su objetivo: ligeros, fuertes y de un tamaño que permitía una excelente capacidad, sin que existiera un volumen inútil. Estaba examinándolas todavía cuando llamaron a la puerta.

-¿Sí?



—Policía, abra.

—Un momento.

Rápidamente se aseguró de que sus ojos quedaran ocultos por las lenti-llas y comprobó la perfección de su camuflaje y de su vestimenta. Abrió la puerta antes de que el uniformado agente tuviera tiempo de volver a llamar.

—¿En qué puedo servirle?

—Ha de contestar algunas preguntas —le informó bruscamente el poli-cía.

Era un hombre grueso, alto, portaba al cinto una pistola y la gorra de su uniforme cubría un cráneo sin cabello. San Luchin contempló fascinado aquel cráneo, imaginándose en la pared de su sala de trofeos. Seguía ma-ravillándole la increíble variedad de trofeos que se podía obtener en el pla-neta. Recordó que debía sonreír.

—Naturalmente —contesto—. ¿Qué desea saber?

—¿Dónde ha estado en las dos últimas horas? ¿Puede identificarse? ¿Hay alguien que pueda corroborar sus palabras?

El agente fue recitando las preguntas y San Luchin supuso que se trata-ba de una simple investigación rutinaria. Se tranquilizó un poco y buscó una cartera en su chaqueta.

—Aquí tiene. Permiso de conducir, seguridad social y póliza de seguro. No soy de aquí, he venido por cuestión de negocios, y he permanecido en mi habitación desde hace varias horas —volvió a sonreír—. Un resfriado, su-pongo. El recepcionista podrá confirmarlo.

—Ya lo he comprobado —dijo el agente. Ojeó los documentos que conte-nía la cartera—. Perdone que le haya molestado, señor Jones, pero ya sabe cómo es mi trabajo. Con un maniaco merodeando por la ciudad, toda pre-caución es poca. —Cerró la cartera y la devolvió a Luchin—. Si me lo pre-guntara, le diría que estamos perdiendo el tiempo. Cualquiera puede imagi-narse que el asesino no estará rondando por el lugar de sus crímenes. Ade-más, ¿de qué sirve examinar a todos los residentes sólo porque sean sospe-chosos?

—Debe resultarle muy duro —se compadeció Luchin. Lo sabía perfecta-mente—. ¿Cree que los encontrarán?

—¿Encontrarlos? —El agente enarcó las cejas—. ¿Quién ha dicho que fueran varios?

Había sido un error, pero Luchin no había podido resistirse a una provo-cación deliberada. Un buen cazador estudia las reacciones de su presa, y



San Luchin se tenía por buen cazador. Se obligó a rechazar aquel tentador trofeo.

—Lo siento, supongo que me he confundido. Comprenda, tres cadáveres... —gesticuló con las manos.

El policía asintió.

—Eso es cierto, pero sólo puede haber un asesino lo bastante chiflado como para hacer lo que hizo. —Se quitó la gorra y acarició su pelada cabeza—. Bien, es mejor que prosiga mi trabajo. Buenas noches, señor Jones.

—Buenas noches.

San Luchin se recostó en la puerta después de cerrarla y respiró aquel aire denso y algo reseco. Luchó desesperadamente para dominar sus reacciones. ¡Aún no! ¡Aún no! ¡Aún no! La idea golpeaba su mente y fue calmando poco a poco sus ardorosas emociones. Casi se había rendido a la tentación e incluso había vislumbrado por un instante el resultado. El trofeo cobrado, la inevitable huida, la cacería en que el cazador sería la presa, la lucha de ingenio contra ingenio, habilidad contra habilidad, y siempre estaría presente la tentación de adquirir más y más trofeos. Cerró los ojos y se estremeció ante la orgía mental de placer.

Cuando volvió a abrirlos, San Luchin estaba tan sereno como una masa de hielo.

Los otros habían sucumbido a la tentación y en aquel momento estarían con toda seguridad faltos de una identidad, trofeos y escondites. De hecho, deberían empezar de nuevo con la desventaja del tiempo perdido. Se sospecharía de ellos por cuanto eran extraños en la ciudad...

Él también era un extraño.

La cartera procedía de un nativo al que había encontrado y asesinado con el único motivo de establecer su identidad. El cadáver lo había ocultado en una espesa maleza en las afueras de la ciudad, confiando en la fortuna de que no lo descubrieran e identificaran demasiado pronto. Pero el ambiente de sospecha general que reinaba en aquel momento aseguraba prácticamente que tal cosa sucedería.

El policía había mostrado cansancio, pero aquellos seres eran, a su manera, notablemente eficientes. Recordaría el apellido, el acento extraño, el error de la frase «los encontrarán». Y el recepcionista del hotel empezaría a extrañarse de aquel cliente tan raro que se encerraba en su habitación. Una parte de su mente le decía que se estaba preocupando sin motivo, pero otra parte, la fría y calculadora del cazador que era, le advertía constantemente el peligro de la subestimación. Aún estaba indeciso cuando volvió el agente.



En esta ocasión no llamó: entró sin más en la habitación. San Luchin maldijo su descuido al olvidar cerrar la puerta con llave.

—¿Qué desea?

—Sólo otra pregunta. —La mirada del policía recorrió la habitación—. ¿Dijo usted que había venido a la ciudad por negocios?

—Exacto.

—¿Qué tipo de negocios?

—Soy buhonero. —San Luchin comprendió al instante que había elegido una palabra equivocada—. Vendo cosas.

—Viajante comercial —asintió el agente—. ¿Qué producto vende?

—Bolsos, maletas. —El mismo escondite daba la respuesta—. ¿Satisfecho?

—Por supuesto. —El agente garabateó en su cuaderno—. Una última pregunta —añadió en tono de disculpa—. Habla usted de una forma rara, como si fuera extranjero. ¿Lo es?

—No.—San Luchin buscó palabras semánticamente convincentes en el idioma que había adquirido hipnóticamente—. Tengo una dificultad en el hablar, algo desastroso en mi negocio, pero el viajante habitual está enfermo y no quiero perder un contrato. —Advirtió que estaba complicando las cosas aun más de lo que estaban.

—¿El negocio es suyo, entonces? —El policía se dirigió al teléfono de la mesita de noche—. Perfecto, eso facilita mucho más las cosas. Lo comprobaré en su ciudad de residencia y listo. ¿Cuál es el número?

—Lo tengo aquí.

San Luchin buscó en su chaqueta, acercándose más al agente. Ya sabía que hacer y sintió un profundo alivio. Bien, el trofeo resultaría espectacular y, aun más importante, el juego ganaría mucho en interés.

Se aproximó hacia el policía.

6

Gort advirtió la tensión reinante en la ciudad. La gente se reunía en pequeños grupos y sus miradas recelosas observaban a todos los transeúntes. Las sirenas resonaban en los elevados edificios mientras las patrullas de policía se desplazaban a toda velocidad de un punto a otro. Era muy tarde, casi medianoche, pero todas las luces estaban encendidas y las calles principales brillantemente iluminadas. Gort sabía que, a menos que tomara precauciones, estaba condenado a que le pararan, interrogaran y detuvieran. Mason

habría hecho circular su descripción y toda la policía estaría buscándole. Necesitaba tiempo para planear el próximo paso.

El resplandor de las llamativas luces de neón en un restaurante nocturno acabó por decidirle y Gort se precipitó en el local. No se sintió tranquilo hasta que las puertas se cerraron tras él. El lugar estaba casi vacío. En algunos de los taburetes se sentaban hombres sombríos y mujeres desaliñadas. Tras dar un rápido vistazo, Gort se sentó en una de las mesas. Un camarero, de cara pálida tan arrugada como su delantal, limpió automáticamente la mesa y dejó caer en ella un mugriento menú.

—Café. —Gort contempló el casi desierto restaurante—. ¿Cómo va el negocio?

—¿Se está burlando? —dijo muy serio el camarero—. A esta hora de la noche lo normal es que no quepa un alma. Servimos cenas para gente que ha salido del cine, gente de paso, aves nocturnas, personas que empiezan a trabajar muy pronto... Todos vienen aquí. Y mire ahora. Si la cosa sigue así, lo mejor será cerrar.

El camarero se alejó para pedir el café y Gort aprovechó el momento para examinar el contenido de la cartera robada.

Dinero, no demasiado pero suficiente para problemas inmediatos. Algunos papeles, un carnet de identidad, un distintivo y las cosas triviales que la mayoría de los hombres suelen llevar. El dinero sería de utilidad, ya que todo el que tenía Gort debía seguir en la comisaría junto con su reloj de pulsera, moneda suelta, llaves y otras cosas menos importantes. Todo le era indiferente; podía perderlo, puesto que no se trataba más que de productos locales. Y la cartera podía devolverla más tarde. Alzó la vista cuando el camarero trajo su café.

—Gracias. ¿Qué es lo que ocurre?

—¿No lo sabe? —El camarero estaba demasiado cansado para extrañarse y se alegró de poder hablar—. Hay un asesino que anda suelto. ¿No ha oído hablar de él?

—Trabajo de noche —explicó Gort—. Mi radio no funciona y no he comprado el periódico. ¿Cuáles son las últimas noticias?

—Ha matado a un policía. Le rebanó la cabeza en la habitación de un hotel. —El camarero meneó la cabeza—. No lo entiendo. Cuatro muertes hasta ahora y todas del mismo modo. —Se mojó los labios con un interés morboso—. Cuatro hasta el momento, en distintos puntos de la ciudad, y todos decapitados. ¿Qué demonios querrá hacer con un montón de cabezas? El tipo debe de estar fuera de sus cabales.

—¿En la habitación de un hotel? —Gort se quedó pensativo—. Entonces, deben saber de quien se trata.



—Algún piojoso extranjero, por lo que yo sé. Se escabulló y lo están buscando ahora. —El camarero pasó la lengua por sus dientes—. Tienen una descripción; es un tipo muy raro, y si está por la calle lo cogerán. —Pasó el trapo por la mesa—. ¿Está malo el café?

—Esta frío. Pídame otra taza, por favor, esta vez sin leche.

Ya a solas, Gort pensó en lo que acababa de escuchar. Le había extrañado que su huída hubiera causado tal revuelo, pero ahora, recordando la conversación telefónica de Mason, empezó a comprenderlo. Buscaban por toda la ciudad a un fanático asesino, evidentemente el mismo que había creado el problema original..., y se había fugado justo en medio de todo el caso.

El camarero trajo el café solo y Gort se concentró en una profunda meditación.

La pega era que aquella gente fuera tan suspicaz. Se hacía cargo, por supuesto, de que tuvieran que examinar documentos e identificar sobre seguro, pero tal cosa significaba un trabajo laborioso, ya que debían comprobar que toda persona fuera quien se suponía que era. Ni la documentación bastaba; eran más importantes las relaciones personales y, a menos que un hombre pudiera ser identificado por otro, se exponía a un probable y grave problema. Gort poseía un documento, y como capitán Mason estaría a salvo..., excepto en el caso de que la persona que le identificara conociera personalmente al capitán. O bien... No, no tenía ninguna ventaja: toda la policía habría sido informada del robo de los documentos. Gort acarició por un momento la idea de robar los documentos de alguna otra persona, pero la desechó casi al mismo tiempo. La propia preservación era una cosa y el crimen deliberado e innecesario otra muy distinta. Y de todas maneras, no tenía dinero.

Le gustara o no, parecía que estaba forzado a terminar sus vacaciones.

No quería hacerlo, ya que había disfrutado y no sabía si dispondría de una nueva oportunidad para pasar algunos días en aquel planeta concreto. Educativamente no tenía mucho que ofrecer; de hecho, representaba un ejemplo de mundo no civilizado, y, por muy larga que fuese su vida, Gort aún tenía que ver muchos más mundos. El mismo Rhubens, que había estado en la base lunar en los últimos veinte periodos, solo lo había visitado en una ocasión porque, tal como había dicho, los efectos embrutecedores eran lo bastante serios como para arriesgarse más a menudo. Gort, sentado a la mesa frente a aquel líquido oscuro, podía compartir la opinión de su jefe. Se sentía casi como un estúpido, su cerebro trabajaba con un tremendo esfuerzo y era muy posible que dañara seriamente sus facultades si se quedaba allí demasiado tiempo.

Y esa era una de las razones por las que la Tierra se hallaba en estricta cuarentena.



El camarero volvió a acercarse a la mesa, quizá buscando una oportunidad de conversar o quizá porque sospechaba algo. Gort se levantó, pagó el café —ni siquiera lo había tocado— con uno de los billetes robados, metió el cambio en el bolsillo y salió a la calle.

Al acercarse a una esquina se le aproximó un hombre, un civil, por fortuna, y Gort se detuvo.

—¿Va usted hacia Edwards y Main?

—No. —Gort conservaba en su memoria un mapa de la ciudad—. A Eleventh y Spring. ¿Por qué lo pregunta?

—Nos estamos reuniendo —explicó el desconocido, señalando un automóvil casi repleto de hombres y mujeres—. Hay calles muy oscuras y es posible que el asesino esté acechando por allí. Si usted vive en esa zona le llevaré a su casa por un par de dólares. ¿A dónde dijo que iba?

—Eleventh y Spring.

—Sam puede llevarle allí. —Se volvió y gritó— ¡Eh, Sam! ¿Tienes sitio para otro?

—No importa —dijo apresuradamente Gort—. Tengo asuntos que resolver antes de ir allí. Gracias de todas formas.

Se alejó antes de que el desconocido pudiera impedirselo, cruzando la calle y deseando no haber estado tan visiblemente solo. Debía irse de allí, era mejor. Podía coger el metro o el autobús, detenerse en algún lugar aislado y enviar la señal para que una nave viniera a recogerle. Si se quedaba, dejando aparte que la situación fuera excitante, podía verse metido en un buen lío y no deseaba ser reprendido por haber tomado una decisión alocada.

Atravesó varios callejones y fue entonces cuando advirtió que alguien le seguía.

Ya se había acostumbrado a no estar en contacto con la gente que le rodeaba y, por tal razón, al principio no tuvo conciencia exacta de lo que sucedía. Pero luego sí, y apenas pudo creerlo. ¡La persona que le seguía no era nativa del planeta! Se detuvo, permitiendo que su mente obtuviera la máxima recepción, y, pese al efecto de interferencia que ejercía el campo planetario, pudo captar emisiones de otra mente. El individuo, quienquiera que fuese, se había detenido también y contemplaba a Gort con un ansia casi maligna. Por supuesto, no sospechaba que Gort fuera más de lo que aparentaba ser y, además, no se trataba de un Guardián.

Pero Gort no se preocupó por su identidad. Lo más importante era que aquel individuo no tenía motivo alguno para estar allí.



Gort prosiguió su camino, muy despacio, empleando sólo una pequeña parte de su mente en ello, mientras trataba de resolver el misterio. El desconocido que le seguía iba acercándose y, al hacerlo, reveló a Gort su patrón mental. Gort maldijo las peculiaridades de aquel planeta, que le impedían hacer uso de sus facultades. La impresión mental quedó difuminada y oscurecida hasta límites insospechados, y todo lo que pudo captar fue una sensación de odio y furia, un anhelo explosivo, casi enfermizo.

Gort activó su campo de fuerza justo en el momento en que la hoja de cauterización se dirigía hacia su cuello.

La lucha de energía contra energía duró un instante. Brotaron chispas del filo del arma, que se calentó y empezó a humear. El atacante, medio aturdido por el choque, dejó caer el arma cuando Gort se volvió. Retrocedió reflejando odio en sus ojos. Gort se acercó y el extraño echó mano a uno de los botones de su chaqueta.

—¡Desconéctalo! —Gort emitió la orden con toda la potencia de su mente, asiendo al mismo tiempo al individuo que estaba frente a él.

Los dos campos de fuerza pugnaron entre ellos. El del Guardián, más poderoso y eficiente, fue imponiéndose. Gort repitió su orden:

—¡Desconéctalo, imbécil! ¡Deprisa!

La respuesta fue un destello de odio seguido por una rápida oleada de miedo. Gort captó impresiones confusas, aflojó a su presa y retrocedió. Lo que tenía delante emanaba humo y fuego. El extraño permaneció en pie un instante, en medio de una llamarada. El campo protector, saturado, desapareció, y la llameante figura se convirtió en una masa humeante.

Gort se agachó lentamente y recogió la inservible arma.

La estación terminal del ferrocarril estaba relativamente concurrida, pese a ser de noche, y Gort se sintió muy seguro en la sala de espera, esperando que pasara la noche. Aquella seguridad era muy satisfactoria, ya que tenía muchas cosas en las que pensar. Pero cuanto más pensaba en todo aquello, más desagradable le parecía.

En cierta forma, había sido inevitable. Necesariamente, alguien, en un momento dado, debía encontrar el planeta, aterrizar, echar un vistazo y tratar de aprovecharse de lo que había descubierto. Lo importante es que lo habían hecho sin ser detectados por las pantallas de la base lunar de los Guardianes. Eso era muy grave, pero aún lo era más el rastro de sospecha que los visitantes estaban dejando tras de sí.

Gort suspiró, esforzándose por coordinar sus pensamientos. Habría sido una tarea fácil... en condiciones normales. En tanto que telépata, era un Guardián. Y en tanto que Guardián, era automáticamente un telépata. Pero no había nada normal en aquel planeta. La telepatía no existía. Pugnar por

leer las mentes de los nativos era como tratar de leer los pensamientos de una bola de acero. Era imposible. Tal vez se debía al campo planetario único del planeta o a las barreras tras las que vivían los nativos. Gort no lo sabía, pero sus facultades estaban afectadas. Y el hecho seguía allí: su habilidad era inservible, a menos que estuviera cerca de un emisor.

Y existían varios.

Se relajó y cerró los ojos, aparentando dormir, cuando un policía caminó junto a los bancos con una evidente expresión de sospecha reflejada en su rostro. Gort había tomado la precaución de sacar un billete para un tren que salía poco después del amanecer, por lo que tenía un buen motivo para estar allí. Sintió la presencia del agente cuando este se detuvo y se quedó mirándole. Luego, tal vez satisfecho por el trozo de papel que Gort había colocado en el ala de su sombrero, se alejó.

Las impresiones mentales que había recibido del hombre moribundo habían revelado la presencia de otros seres similares. Cuatro, para ser exacto. Y también una nave, una cita y una hora. Y toda aquella revelación había estado rodeada por una cólera incontenida, por una amarga sensación de reproche ante la pérdida de una apuesta. Este recuerdo confundió a Gort.

Los visitantes del Exterior irían equipados, lógicamente, con campos de fuerza similares, aunque normalmente menos poderosos, al que él llevaba. Estos campos emitían una radiación, siempre lo hacían, que podría ser detectada con aparatos adecuados. Pero Gort no disponía de ninguno, ni tenía la posibilidad de construirlo. Y aunque pudiera hacerlo, le sería prácticamente imposible localizar, acorralar y vencer a cuatro portadores de chaquetas protectoras dotadas de campos de fuerza y que, además, no estaban juntos. La ciudad era demasiado extensa, y Gort, falto de su facultad telepática, se encontraba en una situación de tremenda desventaja.

Gort era como un hombre que dispusiera de un automóvil: podía desplazarse a más velocidad que un caballo..., mientras no perdiera su vehículo.

Abrió los ojos. Un hombre acababa de sentarse a su lado.

—Perdone —dijo el recién llegado. Era un hombre corpulento, de edad madura, y evidentemente asustado—. No pretendía despertarle.

—No estaba dormido. —Gort intuyó que una charla con aquel individuo le haría menos sospechoso. El policía seguía patrullando por la sala de espera—. ¿Está esperando algún tren?

—Sí, y ojalá llegue pronto. —Enjugó el sudor que cubría su rostro—. Me voy de aquí antes de que sea demasiado tarde. ¿Ha escuchado las últimas noticias?

—No.



—El asesino ha vuelto a actuar. Ha matado a otras cinco personas, todas decapitadas. —Se estremeció—. Ya son ocho, en total. O nueve, si contamos al policía. Y aún no lo han cogido. Así es de eficaz la policía.

—Lo atraparán. —Gort no lo creía así, pero le pareció conveniente afirmarlo—. ¿Hay alguna pista?

—Han encontrado algunas cabezas. Un muchacho encontró una maleta llena de ellas. ¿Que clase de hombre puede ir tan tranquilo después de haber hecho una cosa así?

Gort podía responderle, pero sabía que su información no serviría para nada.

—La policía se está volviendo loca —prosiguió el hombre corpulento—. Han disparado contra dos hombres por error y las cárceles se encuentran repletas de sospechosos. —Torció los labios como si quisiera escupir—. O sea, que se están luciendo. Y el asesino sigue cortando cabezas. Pero dicen que ya saben de quien se trata.

—¿Lo saben?

—Sí. Un tipo que se llama Jones. Asesinó al policía en la habitación de su hotel. Al parecer, le vieron y dispararon sobre él, pero mienten... o utilizaron pistolas de agua. No puedo creer que un hombre siga viviendo con varias balas en su cuerpo.

El hombre guardó silencio y miró hoscamente al policía que se aproximaba. Gort esperó a que el agente pasara y se levantó. Todo le resultaba mas claro y se maldijo por no haberlo comprendido antes. Mason le había dado la pista fundamental y, además, debía haber supuesto el uso de una hoja cauterizadora cuando había contemplado el primer cadáver. Pero todo había sido tan brusco, tan salvaje, que había perdido el control de sus reacciones. Jamás volvería a sucederle tal cosa; la muerte, por muy horrible que fuera, ya no podía afectarle. Pero habría preferido educarse a la manera normal. El hecho que le había confundido era que, para él, una hoja cauterizadora no tenía nada de anormal, olvidando que era un arma desconocida en el planeta.

Debía detener a los intrusos del modo que fuera.

© E. C. Tubbs.
(Continuará...)

Artículos

INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA DE CIENCIA FICCIÓN EN CHILE

Por Moisés Hassón C.

Quizás la principal característica de la producción literaria chilena en Ciencia Ficción (CF) sea su carácter errático, lo cual ha impedido que hasta fecha se pueda establecer alguna valorización de ella. Y sin embargo han surgido notables obras y autores, siendo posible observar una senda que se arrastra, a veces muy penosamente, desde 1.878 hasta nuestros días. Echemos, entonces, un vistazo a dicha senda.

1.- Primeros antecedentes

La primera obra del género de la cual tenemos referencias es *Desde Júpiter* (1.878) de Francisco Miralles (nacido en 1.837), subtitulada *Curioso viaje de un santiaguino magnetizado*. Es éste un trabajo típico de la época: intención satírica respecto a la sociedad chilena de entonces, características utópicas de los seres y sociedad jupiterinos, estilo discursivo que entorpece algo su lectura.

Las siguientes obras de las que tenemos noticias son: *El espejo del futuro* (¿1.876?) de David Tillman, en la cual el autor imagina un posible futuro de Chile, y *Ovalle (El 21 de abril del año 2031)* (1.933) de David Perry, en la cual, en vez de viajar el protagonista al futuro, es un periódico de dicha fecha el que llega a nuestro presente (es decir, al presente de entonces).

Otra obra utópica de estos primeros años es *Tierra firme*, publicada en 1.927 por R. O. Land (el cual tiene toda la apariencia de ser un seudónimo). Con una trama novelesca muy leve, expone el resultado de la aplicación de ciertas teorías económicas y políticas en Chile. Ciertamente no es una obra entretenida, manteniendo un discurso político-utópico transparente dentro de la trama novelesca.

Otros autores comienzan a publicar cuentos en revistas de la época, cuya trama y temas se acercan o son CF. Destacan dos autores: Alberto Edwards (desde las páginas de *Pacífico Magazine*) y Ernesto Silva Román (desde *Zig-Zag*). Edwards escribió una serie de cuentos, bajo el seudónimo Miguel de Fuenzafida, algunos de ellos se refieren a un detective llamado Román Calvo, al que apodaban el «Sherlock Holmes chileno». Dentro de la serie fantástica aparecen aquellos primeros chispazos de CF con un estilo marcadamente verniesco, aunque sin alejarse mucho del principal interés de Edwards, la política. Podemos nombrar a «Julio Téllez», diputado a la Confederación del Pacífico (parte del ideal de Simón Bolívar). La movilidad de Julio Téllez es impresionante, viajando en aviones que rompen records en travesías atlánti-



cas, en barcos superveloces, etc., demostrando un notable interés y claridad de los asuntos latinoamericanos y sus relaciones con el gigante del norte y las potencias europeas. Otro cuento es *El árbitro de Europa* en donde un invento permite la construcción de un gigantesco navío aéreo, decidiendo su constructor venderlo al mejor postor entre las potencias enfrascadas en la Primera Guerra Mundial. Todos estos cuentos aparecieron en la revista *Pacífico Magazine* entre los años 1.913 y 1.921, siendo algunos de ellos recopilados en los libros: *Cuentos fantásticos* (1.957), y *Román Calvo* (1.960).

El caso de Ernesto Silva Román es semejante, los siete cuentos agrupados en el volumen *El dueño de los astros* (1.929) comparten un fondo común, aunque no poseen una trama que los enlace. Son el clásico representante de relato *gadget*, con el gigantismo planetario típico de los primeros años de la CF. Tal vez una falla importante, y que es también característica en los relatos impuestos en esos mismos años por Gernsback en Estados Unidos, es su deshumanización. Con todo, son cuentos muy interesantes, y una curiosa muestra de lo que usualmente se entiende por CF en Chile de la década del veinte (a sólo un par de años de que aquel inmigrante luxemburgués fundara el género en EE.UU. como compartimiento separado del resto de la literatura).

Si quisiéramos ser extensivos deberíamos también nombrar las voluminosas obras de Luis Thayer Ojeda *La Atlántida pervertida* (1.934) y *En el mundo en ruinas* (1.935), las cuales se acercan al campo utópico utilizando, en este caso, a la Atlántida como excusa.

Ya en la década del 50 encontramos varias obras satíricas con elementos de CF. La más interesante de ellas es *El caracol y la diosa* (1.950), de Enrique Araya. En ésta se nos narra la triste historia de Sebastián Apablaza, quién para huir del enrolamiento en una hipotética guerra, se encierra en una estrechísima habitación. Por su obligada inmovilidad, Sebastián comienza a dejar el cuerpo y a transportarse en espíritu, tanto al pasado como al futuro. El futuro que describe y que parece estar influenciado por Wells, está plagado de humor negro.

Otras obras de este estilo que podemos mencionar son: *Un ángel para Chile* (1.959) de Enrique Bunster, fundamentalmente una sátira de la sociedad chilena y plagada de chistes locales; y *Visión de un sueño milenario* (1.950) de Michel Doezi, obra bastante chauvinista (un buen ingeniero chileno inventa y construye un navío espacial, transportando en su primer viaje a un casi ridículo Marte a «graciosos» personajes).

2.- La década prodigiosa

Dentro de los pocos estudios que existen sobre la CF chilena se suele llamar al período que comienza en 1.959, y que culmina cerca de 1.975, como el de una «Edad de Oro», queriendo señalar con ello que a partir de ese momento surgió una auténtica CF de calidad, incluso, en cantidad (relati-

vamente hablando, claro). Nosotros preferimos, en cambio, hablar de una «Década prodigiosa» limitando el período fructífero a diez años, ya que fue entre 1.959 y 1.969 cuando se publicaron las obras de mayor valía en el campo de la CF, y se dieron a conocer los mejores valores que en este tipo de literatura se pueden encontrar en este país.

Pero antes de comenzar con los autores y obras, retrocedamos en el tiempo y lleguemos hasta 1.953; en junio de ese año comenzó a editarse la revista *Más Allá* (edición argentina de *Galaxy*), y, después de publicar 48 excelentes números, cesó de aparecer en junio de 1.957. La colección española de novelas de CF *Nebulae* comenzó su largo peregrinar de 14 años en 1.955; casi al mismo tiempo otras colecciones también hacían su aparición (*Fantasciencia y Minotauro*, en Argentina). La gran mayoría de ellas partieron publicando obras de gran calidad, aprovechando que tenían el trabajo de cerca de 30 años de autores anglosajones para elegir. Y todo ello fue fermentando en la mente de algunos escritores en ciernes.

Autores clásicos

Así en 1.959 surge la CF adulta y con criterios modernos. Surge el autor de más calidad y continuidad en nuestro país. Publicando dos excelentes obras, *Alguien mora en el viento* y *Los altísimos* hace, su aparición pública Hugo Correa.

Prácticamente toda su obra publicada en libros se puede encuadrar en el campo de la CF, con la sola excepción de *Los ojos del diablo* (1.972) que entronca con la tradición campesino-realista de la literatura chilena (aunque de paso se hable en ella de elementos demoníacos). Su producción se ha mantenido siempre en un elevado nivel lo que, entre otras cosas, le ha hecho merecedor de una beca en EE.UU. y le ha permitido ser de los pocos autores nacionales que posee cuentos y relatos traducidos a otras lenguas.

Alguien mora en el viento recibió un premio por parte de la Sociedad de Escritores de Chile. *Los altísimos*, describe toda una civilización que se traslada por el espacio, en un mundo creado artificialmente, sirviendo a los incógnitos «altísimos» en sus ansias de conocimientos.

En la siguiente década publicaría dos trabajos. *El que merodea en la lluvia* (1.961) y *Los títeres* (1.969). El primero es su trabajo más débil, narrando la historia de una «esencia» extraterrestre que cae junto a un satélite ruso en el campo de la zona sur de Chile. Con una trama donde se mezclan las frustraciones del protagonista y las diferencias sociales, no logra Correa obtener una obra que se acerque siquiera a sus dos trabajos anteriores. En cambio *Los títeres*, sí es una obra lograda. Articulada en cuatro relatos, describe una sociedad que está transformándose por la aparición de los «socias»: réplicas mecánicas de los seres humanos comandadas mentalmente.

Durante esos años Correa publica una serie de cuentos en diarios y revistas, los cuales son finalmente recopilados en *Cuando Pilato se opuso* (1.971) que es una amplia muestra del quehacer de Correa. Entre los mejores relatos incluidos destacan el que le da título a la obra, *Alguien mora en el viento*, y *Meccano*.

Desde entonces un casi completo silencio se ha cernido sobre Correa, sólo interrumpido por *El nido de las furias* (1.980). En total su producción alcanza la cifra de seis volúmenes en más de 25 años, lo cual puede parecer poco, pero no lo es si pensamos el ambiente en que se ha desarrollado.

Digamos, para terminar, que Correa nació en 1.926 en Curepto, localidad rural del centro del país, es periodista, y fue el único latinoamericano al cual la revista española *Nueva Dimensión* dedicó un número completo, el 33.

En producción y calidad le sigue Antonio Montero, que firmó sus trabajos como Antoine Montagne. Ingeniero Civil, se aficionó a la CF cuando estudiaba en la Escuela de Ingeniería y encontró, en una librería de material usado un ejemplar de *Más Allá*. Se entusiasmó tanto que comenzó a escribir una serie de cuentos y una novela, la cual, increíblemente, encontró editor. Se trata de *Los superhombres* (1.963), narración post guerra nuclear (aunque sin destrucción de la civilización), donde se cuenta del surgimiento de unos superhombres y de los intentos de éstos por imponer sus condiciones al resto de la humanidad.

Su segunda obra publicada es también sobre temática del poder. *Acá del tiempo* (1.968) es la historia del descubrimiento de una «máquina de la memoria infalible» dejada en una profunda caverna por la raza anterior a la humana. Dentro del unificado gobierno mundial, encabezado por científicos y técnicos, surge la disputa de cómo enfrentar el conocimiento que dicha máquina puede entregar (y que ya causara el desmoronamiento de una civilización).

La tercera, y última, obra de CF de Montero es su colección de cuentos *No morir* (1.971). Ocho relatos se incluyen aquí, destacando su alejamiento de los ambientes tecnológicos y de poder, para acercarse al ser humano, obteniendo una mejor caracterización y un relato más intenso, aunque no necesariamente más «emocionante».

Después de publicar dicha obra, Montero decidió integrarse a la corriente principal de la literatura, abandonando, de paso, su seudónimo. Pero su trabajo en el campo de la CF no se limitó a la escritura, también dirigió la única revista de calidad que se ha publicado en Chile *Espacio Tiempo*, a mediados de los 60. Sólo dos números, con traducciones nacionales, fue un intento de recuperar el espíritu de *Más Allá* en este lado de los Andes.

La única autora con cierta producción en CF es Elena Aldunate, la cual publicó un cuento que roza el género en 1.963, *Juana y la Cibernética*, y fue

acercándose gradualmente con *El señor de las mariposas* (1.967), alcanzando su clímax con *Angélica y el delfín* (1.976) y *Del cosmos las quieren vírgenes* (1.977). Aldunate se caracteriza por su afición a los personajes femeninos y un casi permanente optimismo, casi rayano en la ingenuidad. Debemos destacar en su obra algunos de los cuentos incluidos en *Angélica y el Delfín* (1.976), especialmente aquel relato que da título a la colección. La última obra publicada es *Del cosmos las quieren vírgenes* (1.977), con la cual Aldunate cae de lleno en un estilo sentimental de bajo interés.

También de 1.963 es la primera obra de Armando Menedín, *Laura*. Aunque argentino de nacimiento, su continuo viajar lo trajo a Chile, donde desarrolló todo su trabajo literario. Según algunos es esta una «Crónica Marciana en forma de poema en prosa». El protagonista atraviesa canales marcianos subterráneos rodeado de curiosos e impresionantes sonidos y colores. Pero es con *La crucifixión de los magos* (1.966), que Menedín se aboca a un trabajo de mayor riqueza y largueza. La trama se inicia en un futuro cercano y culmina en el satélite de Marte Fobos, transformado en prisión, y a donde son enviados los inconformistas y demás infractores de la ley. Poseedor de un fino tono irónico, Menedín desarrolla la historia del actor Esteban García, y, escondida detrás, la del poder divino. Se anunciaba una continuación de esa novela titulada *El gran ojo dorado*, la cual desgraciadamente no apareció.

Otros autores del período

Además de los autores ya mencionados, y que demostraron un mayor interés en el género, es posible hallar en esta década obras únicas de una serie de autores los cuales escribieron CF con menor o mayor suerte. De ese conjunto destacan las colecciones de cuentos, algunas de gran valor, y desconocidas hasta hace muy poco por no tener la «etiqueta» de CF en parte alguna de su cubierta.

De todas las que citaremos sin duda la más homogénea es *El ángel torpe* (1.963) de Raimundo Chaigneau. Al igual que *Alguien mora en el viento* de Correa, esta obra fue premiada y editada por la Sociedad de Escritores de Chile, e incluye un total de seis cuentos, tocando tanto la fantasía como la CF. Destacan *La cuerda* donde una anécdota aparentemente trivial, la aparición de una cuerda colgada desde el cielo hasta el altiplano, es llevada en un continuo *in crescendo*, y cuando parece casi agotada, a un inesperado final; *El intruso*, un ser humano cuyo espíritu lo lleva a ser el nuevo *Homo Mater*. *El ángel torpe* historia de niños cuyo tono recuerda a las historias de *El Pueblo* de Zenna Henderson.

Otra obra de interés es *Aquellos* (1.962) de Osvaldo Moreno. Serie de cuentos, casi todos muy cortos, donde la fantasía sirve de contrapunto para una crítica a la deshumanización creciente de la sociedad. Siempre dentro de dicha línea, sobresale la narración más larga y que da título a la obra, *Aquellos*. En un tono que posteriormente conoceremos en los autores ingleses de mediados de los sesenta, se nos cuenta la historia de los últimos cin-

co seres humanos en un mundo paulatinamente robotizado. Uno a uno, los cinco van cayendo en sucesivas trampas deliberadas o casuales, demostrando el autor un impecable manejo del ritmo narrativo y consistencia dramática.

Otras dos obras del período, más conocidas y de menor calidad estilística y temática, son *La tierra dormida* (1.969) de Ilda Cádiz Ávila y *Uranidas, Go Home* (1.966) de René Peri. Los cuentos de Peri son meras anécdotas, muchas de ellas pretendidamente graciosas, pudiendo rescatarse de entre los trece relatos incluidos, solo un par. El caso de Ilda Cádiz es distinto, aunque sus cuentos no puedan compararse con las obras ya citadas, tienen al menos una mayor proyección y originalidad. Destacan *Los seres de los Andes* y *A lo largo de un corredor*.

Temática religiosa

Dentro de la no muy nutrida obra de CF escrita por manos chilenas, destaca el hecho de que varias de ellas estén consagradas a la temática religiosa. Tal vez no sea una gran sorpresa si pensamos que sus autores no son especialistas en el tema, de hecho algunos son conocidos poetas, y parecen haber utilizado la CF para describir su visión sobre lo que significa ser católico.

La primera de ellas, debida a la pluma de María Donoso B., fue *Hominum Terra* (1.966). Es este un largo trabajo ambientado en el año 2963, cuando la Tierra, luego de una guerra nuclear, se ha dividido en dos grupos: los poderosos y avanzados habitantes de Hominum Terra, y los atrasados pobladores de Ost. Hominum Terra es un mundo jerarquizado, pero en el cual todos se sienten felices con su papel. Los máximos directivos son elegidos a través de duras pruebas, de tipo psicológico, a las cuales deben someterse al menos una vez cada dos años.

A través de un artilugio que refleja la personalidad y contactos personales, Ernesto, un hombre de Ost, de una humildad y entereza a toda prueba, resulta poseer un carisma que pronto embelesa a un gran número de los dirigentes de Hominum. La mayor sorpresa se presenta cuando nos enteramos que Ernesto viene a ser algo así como el sucesor de Pedro, en tan remota era. En una convulsionada sesión final, Ernesto es asesinado, y los máximos dirigentes de Hominum renuncian a sus cargos.

En esta larga obra, y a ratos pródiga en tediosos y extendidos diálogos, María Donoso aboga por el espíritu cristiano de caridad hacia los pobres, amor y respeto por todos los semejantes.

Tres años después, pero en España, se publica *El Cristo hueco* (1.969), novela del poeta Miguel Arteche. También aquí se cuenta el futuro de la Tierra tras una nueva guerra mundial. Estamos a 200 años de nuestra época, y el nuevo mundo se ha estructurado como un poder civil, el Estado del Nuevo

Mundo, y otro religioso, la Nueva Iglesia. Esta iglesia difiere en muchos aspectos de la fundada por los apóstoles. Sus principales orientaciones buscan lograr la felicidad aquí en la Tierra, por lo que su ideal es meramente materialista. Además se encuentra aliada con el Estado para protegerse mutuamente.

También aquí es un hombre, esta vez llamado Manuel, quien con su extraño carisma desata la acción. El Estado decide matarlo, y luego averiguar la causa de sus poderes y conocimientos. En el desarrollo de la trama se nos va descubriendo el resquebrajamiento de las estructuras del régimen, así como de la aparición y expansión de una nueva religiosidad.

Lo que Arteche narra es simplemente un recontar de la aventura de las catacumbas. Lo que está expresando a través del carismático Manuel es la aparición de un nuevo San Pedro (más brillante que el primero). Lo que está exaltando es la Iglesia en su pureza primitiva, opuesta a aquella de compromisos con los tiempos y el poder de dinero.¹

Aunque en un sentido estricto la novela *Jristo* (1.957) no puede ser considerada como CF, la reseñaremos por tener suficientes elementos de interés, además de pertenecer a uno de los precursores olvidados del género, Ernesto Silva Román. En esta novela la intención es distinta. Silva Román narra una supuesta vida y educación de Cristo, desde su nacimiento y hasta el comienzo de su vida pública. El autor decide darle un cariz distinto a la presencia de Cristo en la Tierra. Supone un proyecto de la secta de los esenios, en ese momento de larga duración, y que consiste en «formar» un ser humano que traiga la paz al mundo, algo así como el proyecto de la Bene Gesserit *de Dune*. La principal labor educativa es encomendada a Simón el Mago, el cual lo traslada, en sucesivos viajes, por Egipto, India y otros sitios, mostrándole los misterios y las enseñanzas que de ello se deriva.

Todos los autores citados, con la única excepción de Silva Román, pertenecen al medio literario general. De ello podría concluirse que estos escritores han «utilizado» la CF como un medio para entregar un mensaje, usualmente el mismo: la necesidad de reconsiderar el espíritu del mensaje de Cristo en esta tecnificada y deshumanizada civilización.

También existen otro tipo de obras donde, aunque el tema religioso no es el predominante, se lo utiliza o se utilizan los símbolos religiosos.

Hugo Correa utiliza directamente un elemento de la muerte de Cristo, cual es la participación de Poncio Pilato en su cuento *Cuando Pilato se opuso jugando con el gusto del hombre de creerse superior o igual a Dios*, y por lo

¹ Publicado en *Ciencia ficción en Chile* Remi-Maure. *Nadir*, N° 4, Junio 1.987 (Págs. 12-1.9); 1.989 Moisés Hassón C.

tanto este nuevo Pilato no acepta que el «mesías» extraterrestre sea condenado a muerte. En otra obra suya, la novela *El nido de las furias*, el extraterrestre, que aunque no aparece directamente en la obra está presente en importantes pasajes de ella, utiliza una virgen para ubicar su semilla que da nacimiento al futuro dictador, el cual termina sus días uniéndose a su padre.

Elena Aldunate también utiliza a vírgenes para que sean madres de seres que traerán la paz a la Tierra. Los extraterrestres se presentan como mariposas de inocente aspecto, las cuales revolotean en grandes grupos alrededor de las futuras madres.

También en otra obra, *El cielo del cielo* (1.978) de la poetisa Mafalda Tinetti, el extraterrestre que habita como un ermitaño en las soledades costeras del norte chico chileno, posee características que lo transforman, en su única visita a la ciudad y mientras está internado en el hospital para estudios médicos, en un ser que transmite paz y sabiduría a quienes lo escuchan.

3. Crisis y renacimiento

Puede decirse que la crisis en que entró la sociedad chilena en 1.971 repercutió de inmediato en la literatura de CF. Salvo las dos colecciones de relatos ya escritos en años anteriores, de Correa (*Cuando Pilato se opuso*, 1.971) y Montagne (*No morir*, 1.971), solo se publicó una novela en dicho período, *Extraña invasión* (1.971) de Roberto von Bennewitz, más cercano a la novela de costumbres que a la de CF, además de pesada y cargada de didacticismo.

Como sátira política Carlos Ruiz-Tagle publica *La Luna para quien la trabaja* (1.973), la cual tiene mucho sabor y color local. La conocida Elena Aldunate logra que una editorial publique los dos libros ya citados: *Angélica y el delfín* (1.976) y *Del cosmos las quieren vírgenes* (1.977). No ocurre lo mismo con José Bohr, el cual debe recurrir a diversos auspiciadores para lograr ver sus libros en imprenta: *Mañana hacia el ayer* (1.975) la más interesante, aunque ciertamente poco original, y *Chaplin está vivo* (1.978). *Mañana hacia el ayer* es una variante de la conocida anécdota del tiempo en reversa. Julio Drive se encuentra con que, pasados ya los cincuenta años, comienza a rejuvenecer. También comienza a tener visiones de hechos que acontecerán en el futuro cercano. Obligado por las apariencias debe huir de su pueblo natal en Inglaterra y embarcarse en un viaje que lo llevará a lo largo del globo terráqueo, y finalmente a la muerte convertido en bebé. Antes de morir se entera que ha sido tratado por los habitantes del planeta Gala, quienes lo han utilizado para que sirva de aviso a la humanidad de los peligros que se avizoran —aunque no parece que le hayan hecho caso—. Mucho de la narración tiene un aire de obra autobiográfica incuestionable, dado que Bohr fue un consumado viajero, con largas estadías en un sin número de países y lugares.

Otras obras posteriores son: una especie de preámbulo a la obra de Verne *Pasaje al fondo de la Tierra (Los días de Arne Saknussemm)* (1.975) por Gustavo Frías; y, una vez más en auto-edición, *El cielo del cielo* (1.978) de Mafalda Tinelli. De esos años es la colección de cuentos *El embajador del cosmos* (1.976) de Antonio Cárdenas, autor que antes publicara obras con leyendas y cuentos campesinos y que aquí pretende aplicar sin ningún éxito un esquema semejante a temas de CF.

Ya en los años 80 debemos señalar que la crisis aún no ha pasado, aunque se presentan signos que nos hacen tener esperanzas de una reactivación. En 1.980 la novela *El veredicto* de Bernardo Weber, tradicional en el tratamiento y en el tema (el «juicio» a la Tierra realizado por extraterrestres, con testimonios y jurados terrestres); la reaparición de Hugo Correa, aunque más bien incursionando en la temática del realismo fantástico con pinceladas de CF en *El nido de las furias* (1.980), y el reciente trabajo de Carlos Raúl Sepúlveda *El dios de los hielos* (1.986). Aunque con ciertas fallas estilísticas y estructurales, es sumamente interesante y permite una lectura a varios niveles. Otro de los hitos es el surgimiento de la primera y hasta ahora única publicación de aficionados (*fanzine* en la jerga internacional de la CF) *Nadir*, la cual algo ha incentivado la producción local. En sus ya dos años de labor ha publicado primeros trabajos de una serie de potenciales escritores: Marcelo Quintero, Ricardo Baeza, Sergio Corbalán; junto a obras inéditas de los chilenos: Carlos Raúl Sepúlveda, Tamar Jaramillo, Adriana Monsalve; y la recuperación de clásicos olvidados: Raimundo Chaigneu y Osvaldo Moreno, entre otros.

BIBLIOGRAFÍA

Elena Aldunate B.:

- *El señor de las mariposas*. Ed. Zig-Zag, 1.967, Santiago de Chile (Colección de 11 cuentos).
- *Angélica y el delfín*. Ed. Zig-Zag, 1.976, Santiago de Chile (colección de 10 cuentos).
- *Del Cosmos las quieren vírgenes*. Ed. Zig-Zag, 1.977, Santiago de Chile (novela corta).

Enrique Araya:

- *El caracol y la diosa*. Ed. Zig-Zag, 1.950, Santiago de Chile (novela).
- *La tarjeta de Dios*. Ed. Gabriela Mistral, 1.974, Santiago de Chile (colección de 11 cuentos).

Miguel Arteche:

- *El Cristo hueco*. Ed. Pomaire, 1.969, Barcelona (novela).
- *Mapas de otros mundos*. Ed. Aconcagua, 1.977, Santiago de Chile (colección de 11 cuentos).

Diego Barros Ortiz:

- *Kronios (La rebelión de los Atlantes)*. Ed. Zig-Zag, 1.954, Santiago de Chile (novela).

Roberto von Bennewitz:

- *Extraña invasión*. Ed. particular, 1.971(?), Santiago de Chile (novela).

José Bohr:

- *Mañana hacia el ayer (El extraño diario de Julius Drive)*. Ed. del Pacífico, 1.975, Santiago de Chile (novela).
- *Chaplin está vivo*. Ed. particular, 1.978, Santiago de Chile (novela).

Enrique Bunster:

- *Un ángel para Chile*. Ed. del Pacífico, 1.959, Santiago de Chile (novela).

Ilda Cádiz Ávila:

- *La tierra dormida*. Ed. particular, 1.969, Santiago de Chile (colección de 13 cuentos).

Antonio Cárdenas Tabies:

- *El embajador del Cosmos*. Ed. Arancibia, 1.976, Santiago de Chile (colección de 6 cuentos).

Raimundo Chaigneau:

- *El ángel torpe*. Ed. Alerce, 1.963, Santiago de Chile (colección de 6 cuentos).

Hugo Correa:

- *Los altísimos*. Ed. del Pacífico, 1.959, Santiago de Chile (novela).
- *Alguien mora en el viento*. Ed. Alerce, 1.959, Santiago de Chile (cuento largo).
- *El que merodea en la lluvia*. Ed. Zig-Zag, 1.961, Santiago de Chile (novela).
- *Los títeres*. Ed. Zig-Zag, 1.969, Santiago de Chile (colección de 4 cuentos, con fondo narrativo común).
- *Cuando Pilato se opuso*. Ed. Vals. Literarios, 1.971, Santiago de Chile (colección de 17 cuentos).
- *El nido de las furias*. Ed. Pomaire, 1.980, Barcelona (novela).

Michel Doezis:

- *Visión de un sueño milenario. Ficción de cómo los terráqueos iniciaron relaciones con otros mundos*. Ed. Nacimiento, 1.950, Santiago de Chile (novela).

María Donoso B:

- *Hominum Terra-1.966-2.963*. Ed. Neupert, 1.966, Santiago de Chile (novela).

Abierto Edwards:

- *Cuentos fantásticos*. Ed. Zig-Zag, 1.956, Santiago de Chile (colección de 10 cuentos. Todos fueron publicados en revista entre 1.913 y 1.921).

Gustavo Frías:

- *Pasaje al fondo de la Tierra. Los días de Arne Saknussemm*. Ed. del Pacífico, 1.975, Santiago de Chile (novela).

R. O. Land:

- *Tierra firme. Novela futurista*. Imprenta y Librería Cisneros, 1.927, Santiago de Chile (novela).

Paul Lorrain:

- *El taller de los trece*. Ed. Gabriela Mistral, 1.975, Santiago de Chile (novela).

Armando Menedín:

- *Laura*. Col. El Viento en la Llama, 1.963, Santiago de Chile (cuento).
- *La crucifixión de los magos*. Ed. Renovación, 1.966, Santiago de Chile (novela).

Francisco Miralles:

- *Desde Júpiter*. Impr. Cervantes, 1.886 (Seg. Ed.), Santiago de Chile (novela. Existe una primera edición de 1.878).

Antonio Montagne:

- *Los superhombres*. Ed. Arancibia, 1.963, Santiago de Chile (novela).
- *Acá del tiempo*. Ed. Zig-Zag, 1.968, Santiago de Chile (novela).
- *No morir*. Ed. Huda, 1.971, Santiago de Chile (colección de 8 cuentos).

Oswaldo Moreno Pérez:

- *Aquéllos*. Ed. particular, 1.962, Santiago de Chile (colección de 16 cuentos).

René Peri F.:

- *¡Uranidas, go home!* Ed. Arancibia, 1.966, Santiago de Chile (colección de 13 cuentos).

Carlos Ruiz-Tagle:

- *La Luna para el que la trabaja*. Ed. Pineda Libros, 1.973, Santiago de Chile (novela).

Carlos Raúl Sepúlveda:

- *El dios de los hielos*. Ed. Cabildo Abierto, 1.986, Santiago de Chile (novela).

Ernesto Silva Román:



- *El dueño de los astros*. Ed. La Novela Nueva, 1.929, Santiago de Chile (colección de 7 cuentos).
- *El holandés volador*. Ed. Zig-Zag, 1.949, Santiago de Chile (colección de 20 cuentos).
- *Jristos*. Ed. Cultura, 1.957, Santiago de Chile (novela).

Luis Thayer Ojeda:

- *La Atlántida pervertida*. Ed. particular (Imp. Roma), 1.934, Valparaíso, (novela en dos tomos).
- *En el mundo en ruinas*. Ed. particular (Imp. Roma), 1.935, Valparaíso (novela en dos tomos).

Mafalda Tinelli:

- *El cielo del cielo*. Ed. particular, 1.978, Santiago de Chile (novela).

Bernardo Weber:

- *El veredicto*. Ed. Bruguera-Chile, 1.985(?), Santiago de Chile (novela).

© Moisés Hassón C.

Moisés Hassón C. nació en 1.959 en chilena ciudad de Temuco, es informático y Magíster en Ciencias de la Computación. Voraz lector de literatura de Fantasía y Ciencia-Ficción desde su temprana juventud, pronto se transformó en un agudo especialista del género y poseedor de una importante colección. Entre sus principales áreas de investigación destacan la Ciencia-Ficción en América Latina y las publicaciones pulps del género en Castellano. Entre 1.986 y 1.989 publicó seis números del fanzine Nadir promoviendo dentro de la literatura chilena del género la búsqueda de valores nuevos y el redescubrimiento de clásicos olvidados. En la actualidad trabaja como Ingeniero de Sistemas, repartiendo su tiempo libre entre su hogar, la lectura, el estudio de la Ciencia-Ficción y la historia del judaísmo sefardí que es parte importante de sus raíces.

ENAMORADO DE LA RAZÓN

Por Carlos Bancayán Llontop

Sin duda alguna, Isaac Asimov ha sido uno de los autores más influyentes del género. Por eso, merece hoy nuestro recuerdo y agradecimiento.

«**N**adie ha escrito más libros sobre distintos temas que yo», dijo alguna vez Isaac Asimov, y para demostrarlo allí está su gran obra, alta en calidad y cantidad, sobre ciencia-ficción, historia, química, robótica, infantiles, Biblia, antología, divulgación científica... Algunos de sus libros son piezas poéticas, otros hablan de física nuclear y de química orgánica; los de ciencia-ficción dan fascinantes paseos en el amplio vacío galáctico o incursionan en las profundidades del cuerpo humano; algunos prosiguen las aventuras de Sherlock Holmes en el espacio, otros le siguen los pasos a Einstein. Además su obra incluye novelas de aventuras para adolescentes, libros de misterio y varias voluminosas autobiografías. Elaboró también cantidad de trabajos adicionales sobre temas tan distintos como el significado de los mitos griegos, el origen de Inglaterra y los Estados Unidos, Shakespeare, y numerosas explicaciones hechas para legos, sobre el Antiguo Testamento.

Isaac Asimov nació en Rusia el 2 de noviembre de 1920, y fue llevado de sólo tres años a Norteamérica. Su padre tenía una confitería en Nueva York donde también se vendían revistas que el pequeño Isaac leía con mano tan delicada que luego se vendían como nuevas. A los ocho años narraba en el colegio versiones propias de las aventuras que leía. Ya desde su adolescencia trabajó en la pastelería de su padre y al mismo tiempo escribió sus primeros relatos para ayudarse a costear sus estudios en la Universidad de Columbia, donde después de muchos esfuerzos llegó a doctorarse en química, el año 1948.

Como escritor novel, durante sus primeros años permaneció fiel a John Campbell, quien le pagaba a centavo por palabra sus cuentos que publicaba en Astounding.

En cuanto a mujeres fue más bien parco. En una de sus antologías cuenta: «En enero de 1942 ingresé al Club de Escritores de Brooklyn (N. York); allí conocí a Joseph Goldberger, quien me propuso reunirnos con nuestras respectivas novias; como yo no la tenía, él dijo que me procuraría una; así fue que conocí a Gertrudis Blugerman, de quien me enamoré». Para poder casarse, dejó temporalmente las investigaciones de su doctorado y aceptó un empleo en la Estación Experimental Aeronaval de Filadelfia (verificación de piezas y materiales para aviones), donde también trabajaban los escritores Robert Heinlein y Sprague de Camp. Todos los fines de semana regresaba a Nueva York a ver a Gertrudis, con quien se casó en julio de 1942 y quien sería su compañera durante 28 años. Con ella tuvo dos hijos: David (1951) y Robin Joan (1955). Separóse de Gertrudis en 1970 y contrajo nuevas

nupcias con Janet Opal Jeppson, psiquiatra retirada, el 30 de noviembre de 1973, con quien no tuvo descendencia.

Una vez conseguido el doctorado, Asimov no encontraba empleo, así que aceptó un ofrecimiento del profesor Robert C. Elderfield para un año de investigaciones posdoctorales trabajando con drogas contra la malaria. Pero seguía buscando un puesto —era ya hombre casado— para cuando aquel trabajo temporal llegase a su fin. En enero de 1949 el profesor William C. Boyd, de la facultad de Medicina de la universidad de Boston, visitaba Nueva York, y como admiraba sus cuentos, ofrecióle un puesto en el departamento de bioquímica de la universidad. Su trabajo en la Facultad de Medicina lo llevó a publicar cosas no pertenecientes a la ciencia-ficción, tales como un libro para estudiantes de medicina titulado *Bioquímica y metabolismo humano*. «Ello», diría, «me permitió descubrir que me gustaba tanto escribir no-ficción como ciencia-ficción, y me ayudó a iniciar una fase nueva de mi carrera de escritor. Mis ingresos como tales aumentaban rápidamente, de modo que en 1952 ganaba mucho más dinero como escritor que como profesor, y la diferencia aumentó con el paso de los años. En 1957 había decidido que había sido escritor desde un principio, y que no era otra cosa».

Sin embargo, cuando se le pedía que se definiera a sí mismo, Asimov afirmaba que era también «un explicador de nacimiento»; y como explicar implica entender, existían muy pocas cosas en el mundo que no entendiera. Cuando algo le llamaba la atención, salía de inmediato a comprar un libro sobre el tema, el cual estaba repleto de información difícil y recóndita; pero el artículo o el libro que aparecía con su nombre era un modelo de claridad, haciendo accesibles los temas difíciles al lector común y corriente.

Sus voluminosas patillas lo hacían fácilmente reconocible, de modo que la gente solía abordarlo por la calle para interrogarlo acerca de los ovnis, extraterrestres, predicciones astrológicas, etc., etc. Fue muy duro con la pseudociencia, especialmente con quienes afirmaban que hay seres extraterrestres en el planeta y a los cuales «no sabía como convencerlos de que no es cierto». Dicha impaciencia nació de un enamoramiento. Desde pequeño, Isaac Asimov se enamoró de los hechos. Apenas aprendió a leer, devoraba revistas tan pronto como las tenía a su alcance. Igual le sucedía ya de adulto con los miles de libros que tenía en su departamento cercano a Central Park en Nueva York. Su casa quedaba en el piso 33, pero ello no demostraba que fuera una persona que se desplazaba por el mundo como lo hacía con su imaginación. Por el contrario, nunca puso pie en la terraza de su edificio, pues sufría un miedo terrible a las alturas. El hombre que escribió *Trilogía de la Fundación* acerca de un imperio galáctico y de viajes interplanetarios, sólo subió una vez a un avión, cuando estuvo en el Ejército, «y fue porque rehusarse hubiera significado tener que enfrentar una corte marcial». Dicha acrofobia le impidió visitar infinidad de ciudades extranjeras y aun de los EE.UU. Muchos de sus títulos honoríficos le llegaron a casa por correo, y tuvo que rechazar muchos otros por su temor de viajar más allá de 500 Km. de distancia de Nueva York (su personaje Wendell Urth, hombre de gran inteli-

gencia, aunque experto en otros mundos, jamás se había alejado más de la hora de camino que había de su casa a la Universidad).

Pero ser reacio a moverse le significó también más horas de trabajo y más obras: década tras década, su producción iba aumentando, desde los años 50 en que empezó a escribir de lleno.

El primero de sus libros fue una novela futurista llamada *Un guijarro en el cielo*, publicada en 1950. La serie *Fundación* (la gente ha emigrado del planeta y ha evolucionado tanto que la Tierra se ha convertido en un mito, de modo que salen a buscarla) le valió obtener el *Premio Hugo* en 1966. En 1972 ganó el *Premio James T. Grady* a la mejor divulgación científica por *Introducción a la ciencia*; en 1973 los premios Hugo y Nebula a la mejor novela por *Los propios dioses*; en 1977 los mismos importantes premios a la mejor novela corta por *El hombre del bicentenario*; en 1983 el Premio Hugo a la mejor novela por *Los límites de la Fundación*, donde retoma el famoso tema que continuará con otros libros; en 1992 se le premia nuevamente con el Hugo a la mejor novela por *Gold* y en 1995 (ya fallecido) se le otorga el Premio Hugo al mejor trabajo de no-ficción por *Isaac Asimov*, una memoria (autobiografía).

Escribió además muchas otras notables novelas, antologías de sus relatos (*Yo, robot*, 1950), antologías de otros autores (hasta de 8 volúmenes), solo y en colaboración con otros colegas, novelas y cuentos de misterio, además de muchísima divulgación científica (*El código genético*, *El cerebro humano*, *La fotosíntesis*, *Guía de la ciencia*, *Cronología de los descubrimientos...*).

De acuerdo con la visión del escritor, la vida sin ser examinada no merece ser vivida. Decía que «las lunas de Saturno, los misterios del sexo, la conducta de las antiguas sociedades, todo eso tiene que ser analizado antes que pueda ser apreciado. Yo creo que si existiera una cosa a quien llamar la palabra Dios, ella sería la racionalidad, y yo siento el llamado de difundirla».

Asimov predijo las líneas robotizadas en 1939 y previó la revolución de las computadoras en 1950. Pero así como previó el futuro, también le preocupaban diversos aspectos del mundo relacionados con él, tales como la sobrepoblación con su demanda insaciable de recursos naturales, el SIDA, las guerras y las armas de destrucción masiva.

En 1977 sufrió un ataque al corazón y en 1983 se le hizo un triple by pass coronario. Con voluntad ejemplar se sometió a rigurosa dieta y a ejercicios que le permitieron poder seguir produciendo tenazmente hasta el 6 de abril de 1992, fecha en que falleció en Nueva York a consecuencia de un fallo cardíaco e insuficiencia renal.

La fama de Asimov permanece. Él es ya un gran clásico contemporáneo.

© Carlos Bancayán Llontop

Carlos Bancayán Llontop es periodista, escritor y colaborador asiduo de Alfa Eridiani. Número a número nos irá desgranando la biografía de un autor importante dentro del género.



LOS HOMOS Y LA TIERRA, UNA HILARANTE CONTINUACIÓN DE GLASSKAN

Por Daniel Salvo

En el número anterior, incluimos una reseña de *Glasskan, el planeta maravilloso*, novela de una simpleza increíble y plagada de diálogos hilarantes, parrafadas farragosas y escenarios de lo más kitsch. Sin embargo, *Glasskan, el planeta maravilloso* tuvo una continuación, la cual ya no fue publicada por *Peisa* sino por una editorial independiente.

Recordemos un poco. En la primera novela, asistimos a un viaje realizado por un terrestre a Glasskan, planeta habitado por una (y solo una) raza de seres humanoides perfectos, física y mentalmente (según el autor). Estos *galacsinos* le enseñan a nuestro terrestre cómo es su sociedad perfecta y le asignan una guía llamada Kcala (que sólo llega a ser amiga del protagonista, pues éste dejó mujer e hijos en la Tierra). Agradecido, él y otros terrestres les enseñan a los *galacsinos* a pelear, para así vengarse de los malvados *korpones*, seres de un planeta vecino que suelen degustar piernas de galacchino asadas, acompañadas de la respectiva guarnición.



Pero el viaje a Glasskan no consistió solamente en una excursión turística con aventura incluida. Los *galacsinos* tenían el propósito de capacitar a los terrestres para que éstos ejecutaran una misión muy delicada y secreta en la Tierra. Y es en *Los homos y la Tierra* donde se narra el, digamos, desarrollo de esa misión. Para no crear una intriga innecesaria, diremos que la tal misión consiste en buscar terrestres dignos de que se les administre la *vitta* y el *sensil*, sustancias que los harán rejuvenecer y volverse más activos, inteligentes y vivaces. Los elegidos deberán ser hombres cuya actividad contribuya al desarrollo de la Tierra.

Las primeras cien páginas de esta novela, son, para empezar de alguna manera, hilarantes. La ausencia de un corrector de estilo es notoria, encontrándose cada página plagada de errores gramaticales y ortográficos. En esas cien páginas, una suerte de primera parte de la trama, nuestro protagonista (quien resultó llamarse José Manuell, sí, con ll) es devuelto a la Tierra con el resto de terrestres que anteriormente habían sido llevados a Glasskan. Los otros terrestres responden a un cierto estereotipo que el autor tiene respecto a los nacionales de otras latitudes. Así, los japoneses Turo Osaka y Hiro Hiro son expertos en muecas y en despertar la risa de sus compañeros. El francés Paul Gabán es un galancete de *matinéé*, un franchuti divertido como lo llama el autor. El ruso Boris Korff y el norteamericano Bobbly Glem (también aparece uno llamado Bey Smith) son dos representantes de países antagóni-



cos, pero suelen dejar de lado sus ideas contrarias en cuanto reconocen la superior *Magna Ley Kray* de los galacsinos, que es tan, pero tan perfecta que es imposible negarse a cumplirla (siempre la mencionan como *Magna Ley Kray*, con mayúsculas). Nada digamos de las galacsinas Ilk, Lik y Kil, esposas del ruso, el gringo y el francés, mujeres que solo sirven para llevarles refrescos y pan con porcino (¿también hay chanchos en Glasskan?) a sus parejas. Posteriormente, la *galacsina* Kiel se unirá con Bey Smith, un norteamericano que también estaba en Glasskan.

Como ya dijimos, nuestros amigos terrestres son devueltos a la Tierra por los regidores Wumpos, viajando a nuestro planeta en una nave o Gran Klaván. El lugar al que son enviados es la Estación Torkon, situada en el interior del monte Everest. El refugio es inmenso, de granito pulido, con temperatura agradable y decorado con pasto y árboles artificiales. En dicho recinto, se les expone los detalles de su misión, y se les somete a un peculiar tratamiento, con vagas reminiscencias al tratamiento Ludóvico de *La naranja mecánica*.

Pero vayamos por partes. Cada capítulo de esta novela termina con unos carcajeantes diálogos entre los protagonistas. Siempre hay alguien que termina diciendo o haciendo algo gracioso, de modo que los demás celebran la ocurrencia con risas y aplausos. Si alguna de las mujeres está presente, su esposo o pareja le da un beso. Pareciera que el autor ha visto muchos episodios de *Mi bella genio*, *Hechizada* y *Scooby-Doo* para desarrollar sus peculiares escenarios.

Como primera parte de la instrucción, se les alecciona respecto al uso de la *vitta* y del *sensil*. La *vitta* es un supermedicamento que rejuvenece, agiliza, adelgaza... en fin, la panacea. El *sensil* no se queda atrás, aunque sirve más bien como vehículo para el *vitta* en un cuerpo humano... o de galacsino. Parte de la misión consiste en darle la *vitta* a un terrestre que se lo merezca, ya sea por sus dotes intelectuales, artísticas, humanísticas... siempre y cuando no sea judío. Como lo leen. En el capítulo Doce, uno de los terrestres les pregunta a los magnos regidores Wumpos si se le puede dar la *vitta* a un judío. Ante la pregunta, todos analizan la situación de los judíos en el concierto mundial, persecución nazi incluida, lo cual les lleva casi el total del capítulo mencionado. El japonés Turo Osaka considera que la discriminación la hacen judíos, a lo que le responden: «*cuidado, que tu raza también está como el peso en la balanza por que fue segregado de la colectividad del gran mundo.*»

Nuestro compatriota José Manuell, quien generalmente se limita a escuchar y ayudar en lo que sea, dice la última palabra:

«—No hay nada que exponer ya ante las brillantes opiniones de las galacsinas y de mis coterráneos. Bien, yo también, discrepo y no acepto en ninguna forma la segregación... Sin embargo, voy a hacer un breve análisis de elementos sacados de los propios semitas.»



¿Por qué se les aísla y se les niega el derecho a ser libres? El Sionismo es la aspiración que tienen ellos para recobrar Palestina como patria; para lograrlo, el doctor Herzl fundó una organización internacional con tal fin y para juntar a toda la colectividad judía bajo una sola creencia invariable e inviolable; pero para que ella tome cuerpo y forma indestructibles, era menester evitar la proliferación con otras razas, en la cual se perdería mezclada entre un mayor número de individuos de otras creencias. Precisamente, por ese aislamiento convencional que los judíos preconizan, son ellos mismos los que discriminan al resto del mundo con este singular pragmatismo... Ahora, juzguen ustedes.»

Acto seguido, el norteamericano Bobby Glem pregunta, en un español bastante peculiar (problemas de traducción, supongo, o el tal Bobby Glem es un admirador de Cantinflas):

«—¿Podríamos dar a un judío, que a nuestro parecer reúna todas las condiciones humanas que se haga merecedor a la Sensil y a la Vitta?»

Y el Wumpo Kont le responde:

«—Decididamente, querido hermano, no. Es posible que su acendrado y exclusivo sionismo lo lleve, después, a alcanzar lo que no le sería factible con su natural modo de actuar... Definitivamente ¡no!»

Como vemos, nuestros amigos concluyen en que son los mismos judíos quienes tienen la culpa de ser marginados por no integrarse al resto del mundo. Ergo, como todo judío es un sionista, no se merece la vitta... de ahí a proponer que los eliminen solo hay un paso. Parece ser que el autor estaba obsesionado con el llamado «peligro judío». Al leer esta parte de la novela, he empezado a preguntarme si no habrá leído los increíbles Protocolos de los sabios de Sion, atribuidos a Sergio Nilus, policía que describe el plan de los judíos para destruir la civilización cristiano-occidental. El libro existe, como también existen estúpidos que lo toman en serio.

Otra parte de la instrucción proporcionada por los galacsinos a nuestros amigos consiste en hacer que éstos últimos observen películas (en alfombrados teatros con butacas forradas en terciopelo rojo) donde se muestra la maldad y violencia de la que son capaces los terrestres. Así, asisten a documentales sobre las guerras mundiales y otros conflictos. El grupo reacciona como si todos fueran niñas de mamá: piden por favor que interrumpan la proyección, por que ya no soportan ver tantas atrocidades, que se sienten avergonzados de ser terrestres, que ya no desean volver a la Tierra nunca más. *Oh, horror*, exclama, cacofónicamente, uno de los espectadores. La exposición a dichas películas tiene el objetivo de hacer que los terrestres estén completamente seguros de que llevarán a cabo la misión.

Hay escenas y diálogos increíbles, como cuando nuestros protagonistas están viajando de regreso a la Tierra, y descubren que se encuentran en el año 1.999. Reaccionan con estupor, puesto que dejaron nuestro planeta en 1.969, y todos han pasado sólo diez años en Glasskan. Léanlo ustedes mismos:

«—¿Qué pasa? ¿A que vienen tantas especulaciones Bobby?

—Quizá no sea nada, pero a mí me asombra... Según estos relojes calendario nos encontramos en la Tierra en el año 1.999. Tengo entendido que solamente estuvimos ausentes de la Tierra 10 años y no 30... ¿Qué me dicen?

—No, hombre —aclaró el francés Paul Gabán—, bien es verdad que estuvimos en Glasskan 10 años, pero ten en cuenta que en ese planeta el tiempo transcurre más lentamente: lo que allí es un año, en la Tierra son dos. ¿Aclarado querido amigo?»

Pues a mí este diálogo no me aclaró nada, por que si el año en Glasskan equivale a dos años terrestres, y nuestros amigos pasaron 10 años en dicho planeta, deberían haber pasado 20 años terrestres y no 30. Si mis cálculos son correctos, claro. No tengo la inteligencia de los galacsinos para asegurarlo.

Olvídense de la relatividad y de exquisiteces por el estilo.

Cabe señalar que el autor suele regodearse en detalles de ambientación tan fuera de lugar como el color de las cortinas de las habitaciones, el grueso de las alfombras, la ropa de las galacsinas (quienes descubren, oh maravilla, la ropa reversible, de modo que con un vestido tienen en realidad dos), los muebles (chatos y repujados), los alimentos, siempre abundantes y sanos, que incluyen refrescos, bocaditos, jugo de uva, yogur, pan con porcino... nuestros protagonistas siempre parecen estar pasando un domingo en algún club campestre. Sólo faltarían las cervezas, si no fuera por que los galacsinos son tan sanos que no beben alcohol, aunque a veces beben jugo de uva fermentado que tiene sus mismos efectos.

Los galacsinos tienen un deporte en el cual los terrestres deciden participar, con dispares resultados. Consiste en caminar contra el viento que produce un aparato llamado, adivinen, *vientak*. El participante se pone unos shorts numerados, y comienza a caminar mientras el viento en contra cobra intensidad. Si no cae al suelo, o lo que es peor, es arrastrado por el viento como una hoja, gana.

Leamos en qué consiste este singular deporte:

«—El Vientak es uno de los tantos deportes que practicamos para entretener el tiempo y conservar el cuerpo en todo su vigor. Los



técnicos han considerado que este deporte es el más sano y aconsejable por que tiene la virtud de fortalecer el cuerpo y especialmente el intelecto. De la pared oscura que ven al fondo, sale un fluido oxigenado, aire puro. Gradualmente se le inyecta potencia de tal manera que sea imposible llegar al tope que es el número doce. Los competicionistas (sic) que se alinean en la primera fila tienen que tratar de avanzar contra la corriente de aire. Para todos, la presión es similar. Ahora que los vean actuar, será esa la mejor explicación que ésta que les proporciono.»

Un párrafo para la antología del deporte mundial.

La segunda parte de esta historia pretende darle un toque de aventura a la novela. Nuestros amigos terrestres deben cumplir su misión. En un *premiere*, vehículo similar a un disco con ruedas que puede retraerlas y volar (superando la barrera del sonido), son dejados al Norte de la población de Fort Flatters, próxima a la frontera con Libia. A nuestros amigos terrestres se les proporciona maletines con dinero, ropa terrestre, identidades falsas (para que no descubran que ha pasado 30 años fuera de la Tierra). Y, para regocijo de nuestro compatriota José Manuell, los regidores wumpos deciden que en su misión (¿o en sumisión?) lo acompañe su recordada guía y compañera Kcala. Por cierto, nuestro protagonista nunca manifiesta curiosidad alguna respecto al destino de su esposa e hijos. Y además, resulta que en realidad estamos en el año 2.000 y no en 1.999. El tiempo es un gran misterio.

Mención aparte merecen las instrucciones para utilizar el último vehículo proporcionado a nuestros amigos, que en realidad es un camión. Obviamente, esto lo hacen los galacsinos no por tacaños, sino para que los protagonistas no llamen la atención. Del manual del mecánico galacsino, ahí les va su versión de Mecánica Popular:

«Se leyeron las instrucciones de viaje: que el vehículo estaba con el tanque provisto de nafta, que inclusive había dos depósitos adicionales de combustible y agua; que las gomas eran ad-hoc para esa clase de terrenos; que al llegar a Casablanca, guardáramos el carro en una guardianía para evitar sospechas y tener el camión a mano, para el retorno.»

Ahora, el inicio de esta segunda parte es inolvidable, pues consiste en un remedo de cualquier serie de acción vista en la pantalla chica. Como ya leímos, nuestros amigos son dejados en el desierto, cerca de Casablanca, Marruecos. Echan a andar el vehículo, no sin antes tomar el último alimento preparado por los galacsinos: «*en una bolsa térmica de papel fino, se envasaba porciones de leche, unipersonal, y en otras, emparedados de jamón, de queso o de muslos de ave. También había bolsas con jugo de frutas*». Ni bien empiezan a rodar en el camión, llegan a un oasis que está ocupado por beduinos traficantes de drogas. Los árabes son pintados como lascivos y viciosos, pues siempre están queriendo meter mano a las bellas galacsinas. El

jefe de la banda se llama Aladino Tetuán. José Manuell y su grupo se deshacen de los traficantes. De Casablanca pasan al trasatlántico *Nautilus*, cuyo capitán también es un traficante (y también se deshacen de él), que los lleva a Italia, y de ahí a Francia. En todos estos lugares, nuestro grupo se enfrenta a organizaciones dedicadas al tráfico de drogas, con tanto éxito, que siempre eliminan a los traficantes de la misma manera: les inyectan grandes dosis de heroína en el cuello, de manera que la muerte es segura. Esto lo hacen con la anuencia de las galacsinas, lo que constituye un cambio de actitud radical respecto al modo de ser galacsino mostrado en la primera novela, *Glasskan*, en la cual, los galacsinos son tan melindrosos que discuten si es justo eliminar o no a los *korpón*, quienes se dedican a comérselos asados. Pero estos nuevos galacsinos son más duros, y consideran que la muerte por inyección es un justo castigo para los traficantes. Nada de juicios, derechos humanos ni cojudeces: una buena dosis de heroína (llamada también droga heroica), y sanseacabó.

En Francia, cuando las aventuras con los traficantes han terminado, nuestros protagonistas ingresan a un café, en el cual contemplan un espectáculo descrito con crudeza: hombres y mujeres se cogen de los sexos al ritmo de la música. Por supuesto, las galacsinas y nuestros amigos quedan horrorizados (¿entonces, para que entraron?), y luego se dedican a criticar el estado de cosas. Hasta el momento, nada nos indica que estamos en el año 2.000 (la novela fue escrita en 1.971). Da que pensar que el autor decida mostrar escenas de contenido sexual para demostrar lo degradada que está la especie humana... ¿no hay sexo en *Glasskan*?

Lo más curioso de todo es que las acciones descritas anteriormente, tales como la lucha y posterior victoria contra diversos cárteles de drogas, son aventuras en las que los protagonistas se meten por que sí. Es decir, puesto que llegan al desierto y se encuentran a un grupo de narcotraficantes árabes y lascivos (lo que el protagonista deduce, entre otras señales, por la forma de los labios de los arábigos), entonces acaban con los traficantes. De ahí continúan hasta llegar al jefe máximo, un italiano mafioso. Pero, se preguntarán ustedes ¿y la misión? Ah, primero hay que descansar en París, lo que supongo siempre ha sido el secreto anhelo del autor.

Hasta este punto de la novela, me preguntaba por qué motivo el autor desaprovechaba la oportunidad de describir la Tierra del, para entonces futuro, año 2.000. En efecto, las peripecias del grupo conformado por terrestres y galacsinas, desde su llegada a Casablanca y su dispersión en el resto del mundo, poco nos dicen de las novedades que deberían haberse producido en treinta años de historia. Se limita a mostrar escenas de acción, que poco tienen que ver con una novela de ciencia-ficción, incluso una como ésta.

Sin embargo, el autor decide sacarse el clavo, y hartado tal vez de matar mafiosos a punta de inyectarles heroína, hace un alto y les recuerda a sus



enviados que han venido a la Tierra para buscar personas merecedoras de que se les administre la *vitta* y el *sensil*.

A partir de este punto, el autor por fin nos muestra algunas pinceladas del futuro de nuestro planeta, el cual soporta a cinco mil millones de seres humanos. Empecemos por Francia. La torre Eiffel sigue en pie (a diferencia de la torre de Pisa, caída medio lustro atrás), pero la ciudad está llena de contaminación y el tránsito vehicular es caótico. Nuestros amigos están preocupados, pues parece ser que sus actividades se están haciendo notorias, como lo deducen después de leer los siguientes titulares de diarios y periódicos. *Super-hombres destruyen la mafia de drogas en Argel, Atlético individuos están destruyendo la mafia de drogas en la Tierra, Individuos extra-terrestres han llegado para destruir la mafia, Hombres dotados de poder e inteligencia, destruyen la mafia de narcóticos en la Tierra.* Y el diario Le Figaro los describe como seis individuos y cinco mujeres, todos ellos de constitución atlética, se habían (sic) dirigido a París en una aeronave. Tras angustiarse por estos larguísimos titulares, ingresan a un café, pero salen asqueados del mismo, por que «*se realizaban actos sexuales donde la lascivia daba rienda suelta a los inimaginables procesos de sadismo o sadomasoquismo. En ese ambiente repulsivo y oprobioso, la droga atemperaba los ánimos o los enardecía*». El lugar está atestado, y al tratar de salir, dos famélicos individuos se abalanzan sobre la bella Kcala (en la cual está interesado José Manuel) para cogerle los senos... cosa que ella no pudo evitar por la rapidez con que obraron. Por supuesto, el francés del grupo, Paul Gabán, estalla en lágrimas debido a la vergüenza. Luego de leer este episodio, yo también lloré... de risa.

(Por cierto, aprovecho para mencionar que la lectura de esta novela transcurrió durante los viajes en omnibus que efectúo a diario para llegar a mi centro de trabajo. Más de una vez los demás pasajeros han volteado a mirar quien era el loco que se reía solo. Me deben una).

Nuestros expedicionarios se dividen en varios grupos. Uno de ellos, conformado por José Manuel, Turo Osaka y la galacsina Kcala, vuelan a Nueva York, también contaminada al extremo de dificultar la respiración. Se instalan en un hotel de la Quinta Avenida (otro de los sueños frustrados del autor, supongo), pero tras un paseo en el cual Kcala se pone pálida ante tanta contaminación, deciden venir al Perú, instalándose de inmediato en Cerro de Pasco, una ciudad de la sierra. En Cerro de Pasco, reciben un mensaje de Bobby Glem, quien lamenta la situación en la que ha caído su país, los otros poderosos Estados Unidos de América. Hay caos por todos lados, los estados de la Unión acuñan sus propias monedas. Ahora solamente existen los partidos políticos del poder, los que esgrimiendo el poder de las drogas, el poder de las armas, el poder del hambre, llegan a sojuzgar doblegando a las masas. Pero para Bobby Glem, lo peor de este caos es el crecimiento de la población negra (!). En efecto, el bueno de Bobby expresa así sus sesudos análisis de la realidad norteamericana:



«La raza negra ha tomado fuerza de dominio sobre grandes sectores en la mayor parte de Estados. Donde el poder de los negros se deja sentir, los opositores son barridos, destruidos. El cambio étnico es tal que muchos individuos, millares de ellos, con mayor porcentaje de sangre blanca, se identifican en cambio con la raza negra arguyendo el cabello rizado y los ojos negros. Resulta que ahora, la segregación la hacen los negros; los blancos se sienten extraños en su propio territorio.»

Tras recuperarse en Cerro de Pasco, José Manuell, Kcala y Turo Osaka se van a Lima. El Perú cuenta con ochenta millones de habitantes repartidos en una docena de ciudades (no dicen cuáles). Lima no parece haber cambiado mucho. El río Rímac ha sido canalizado. La ciudad está sucia y llena de ambulantes (en este aspecto resulto buen profeta nuestro autor). Sintiendo-se muy superior a sus compatriotas, José Manuell afirma *«esa es la idiosincrasia de este pueblo. No habrá ley con suficiente fuerza que los haga cambiar; les gusta vivir fácil, en los cerros, o adueñarse del lugar que encuentren baldío, y comen como vieron ustedes, sin temor a las bacterias»*. Solo le faltó decir que así son los cholos, pues hija, para después irse a tomar el té con Susan y Juan Lucas (personajes de la novela *Un mundo para Julius*, de Alfredo Bryce Echenique, pertenecientes a la alta burguesía peruana).

Repentinamente, nuestros amigos aparecen (no viajan, aparecen) en Pucallpa, ciudad ubicada en la selva peruana, la cual ha sido depredada, con los ríos llenos de viviendas que ensucian y contaminan. Luego van a la ciudad de Iquitos, en la cual advierten que el río ha arrasado los pueblitos ribereños, y el famoso barrio Belén, constituido por cientos de pequeñas embarcaciones que sirven de moradas, ya no existe. La selva va desapareciendo ante el avance de la explotación petrolífera, realizada mediante miles de torres de concreto y hierro.

Vuelven a Lima, sin que nadie explique para qué diablos se fueron a la selva. Se alojan en el Hotel Bolívar (sí, el de la Plaza San Martín), desde cuyos balcones observan las luchas callejeras de estudiantes y obreros contra la policía, bombas lacrimógenas incluidas. Pobre Kcala. Además, ahora resulta que José Manuell es soltero, por lo que ya no es necesario que pregunte por su familia. Llega el momento de las buenas noticias: Chile ha decidido devolver Tacna y Arica al Perú, y Antofagasta a Bolivia, en un gesto que José Manuell no deja de admirar. Sin embargo, no se les ocurre darle la vitta y el sensil al presidente chileno... ¿habrá tenido que ver el hecho de que en el año 1.971, cuando se publicó esta novela, nos gobernaba un grupo de militares nacionalistas? Misterio.

El único país en el mundo que parece mostrar signos de prosperidad en ese año 2.000 es Israel. Según el inteligente análisis hecho por uno de los protagonistas, los israelitas (más de cien millones), luego de conquistar una extensión considerable de territorios adyacentes (se apropian de Siria, Jor-

dania y parte de Egipto), cuentan también con otros judíos que trabajan en gobiernos extranjeros, pero que por filiación sionista y genética al final siempre terminan trabajando para sí mismos. Además, a los protagonistas les parece criticable que los israelitas no hagan nada por el resto de la humanidad en crisis. Por ese egoísmo, deciden no darle la vitta ni el sensil a ningún hebreo.

También hacen una visita a Japón, país que se encuentra contaminado, superpoblado, hay carestía, pobreza... cualquier país al que vayan tiene las mismas características. Inglaterra, punto de encuentro final de todo el grupo, está tan contaminada que la gente incluso ha reducido su estatura. Todos han acudido a Inglaterra debido a que el pobre Bey Smith y su pareja, quienes se encontraban en Londres, han sido atacados. La pobre Kiel ha sido violada, por lo que es trasladada a un hospital, donde le han extraído muestras de sangre, lo que permite al buen doctor Henri Barby, el médico jefe, deducir que se encuentra ante una extraterrestre. Matonescamente, el resto del grupo irrumpe en el hospital y convencen a todos los médicos que no digan nada a nadie. Para asegurarse el silencio de los galenos y enfermeras, les inyectan una sustancia que puede matarlos si dicen algo. Si guardan silencio, la sustancia se convierte en una supervitamina con efectos altamente beneficiosos para los inoculados. En el ínterin, el grupo descubre que Mr. Barby es la única persona que han conocido hasta ahora que merece la vitta y el sensil, pero el buen doctor rechaza el ofrecimiento.

Poco queda por contar. Un «topiquero» (supongo que se trata de un médico que está a cargo del tóxico) del hospital va con el chisme a la policía (que hay extraterrestres entre nosotros), y contra todo pronóstico, los policías le creen. Esto apura a nuestros amigos a irse a la..., perdón, a irse al desierto y ser recogidos por un Premire. Ah, en un momento dado, se acuerdan que debían cumplir una misión, pero lamentablemente, no la habían podido llevar a cabo, y felizmente, van a volver a Glasskan. Me pregunto: si al final se iban a regresar así, como si nada hubiera pasado, ¿para qué se tomaron la molestia de ocultar el origen extraterrestre de Kiel? En un mundo tan caótico, donde nadie les tomaba en cuenta (excepto cuando desbaratan cárteles de drogas), ¿para qué ocultarse? ¿Y que tenían que ver sus peripecias con la misión de buscar personas dignas de la vitta y el sensil? Misterio.

Para añadir un plus a este final feliz, resulta que Turo Osaka, el japonés que solo servía para hacer payasadas y para inyectar mortales dosis de heroína en el cuello del enemigo de turno, consigue pareja. Una enfermera del hospital regentado por el buen doctor Henri Barby, una japonesa de nombre Yosika Okada, tiene problemas con la droga inoculada por el grupo de expedicionarios. La droga, en lugar de actuar como supervitamina, la ha puesto en grave riesgo de salud. Para no volver a hacer el larguísimo trayecto Monte Everest-Casablanca-Londres utilizando métodos convencionales, nuestros amigos deciden acudir (al fin) en un klaván proporcionado por los galacsinos. Rescatan a la chica, la curan, y regresan todos de la mano a Glasskan,

el planeta maravilloso, sin importarles un pepino ni el fracaso de su misión ni la suerte de los demás terrestres. Como ocurre en todo final feliz, todos terminan sonriendo, sobre todo Turo Osaka, que al fin ha conseguido pareja. Dado que las rubias y esbeltas galacsinas no le hacían caso (¿por ser un asiático?) hubo que conseguirle una pareja de su misma raza. ¿Adivinen quien es? Yosika Okada.

Se podrían decir muchas cosas negativas sobre esta novela, que de tan mala, nos revela a su autor como una suerte de Ed Wood cholo. Pese a todo, es un excelente remedio contra la tristeza, por que si algo está garantizado en este ripio, son las carcajadas. *Glasskan* es un planeta tan absurdo e hilarante como el *Mundodisco* de Terry Pratchett, sobre todo si uno se pone a pensar que este derroche de humor es involuntario, que el autor parece escribir convencido de estar redactando una novela trascendental para la literatura... Simplemente, sublime.

Pese a la extensión del presente artículo, siento que me he quedado corto en el comentario. Algo debe reconocérsele al autor: puede ser absurdo, incoherente, racista y todo lo que ustedes quieran, pero nunca aburrido. Ya me están entrando ganas de volver a leer este libro, que termina así:

«En las butacas acolchadas, confortables (del klaván), iban Turo Osaka y Yosika Okada cogidos de las manos. También Boris Korff y Bobby Glem con Kil y Lik. El francés Paul Gabán e Ilk, Bey Smith con Kiel. Kcala me tomó de la mano, acariciándome suavemente. Luego nos quedamos profundamente dormidos, todos soñando con *Glasskan*.»

A veces, yo también sueño con *Glasskan*.

© Daniel Salvo

Nací en 1.967, en Lima. Casado con un hijo, estudié derecho para obtener el título de bachiller en 1.994, con mediocres resultados en el ejercicio de la profesión. Desde 1.997, trabajo como redactor en un diario de circulación nacional. En junio de 2.002, inicié la publicación de *Ciencia Ficción Perú* (<http://espanol.geocities.com/cifiper2002/>), dónde también está publicado este artículo.

Gran lector de ciencia ficción (mi mayor logro), lamento la ignorancia del establishment cultural peruano por su miopía y prejuicios hacia el género. Escritor peruano de CF al que admiro: José B. Adolph.



El rincón del lector

Hoy inauguramos la sección *El Rincón del Lector* para que nos enviéis vuestros comentarios, sean del tipo que sean con un par de lecturas que ha realizado nuestro amigo Javier, pero puede ser cualquier otro comentario aceptable que tenga cabida dentro de la revista

ATRAPADOS EN LA PREHISTORIA Y PRESA

Por Javier Valín Quiñoa

Atrapados en la prehistoria de **Michael Swanwich** es una novela de viajes en el tiempo y un grupo de paleontólogos que por *accidente* se quedan atrapados con los bichos que estudian.

Hay más aspectos en la novela, pero no interesan. No son novedosos y además hacen una afirmación, que la raza humana esta extinguida en el futuro, sin dar ningún detalle. En mi opinión tal como lo expone debería darlos.

En el fondo, lo único que interesa del libro es la parte de los dinos y en cuanto te sacan de ahí, lees enfurruñado a ver cuando se deja de zarandajas y vuelve al meollo de la cuestión.

La parte dino está muy bien documentada y aunque el ritmo no es perfecto, se deja leer con agrado.

Vamos, que es un libro para aquellos que seríamos felices viendo y leyendo *Parque Jurásico XXII* y, para el resto de fans de la ciencia-ficción, un libro para sacar de una biblioteca pero no para pagar por él. Eso sí, tampoco esta escrito como un best-seller, si eso puede asustar a alguien.

En cuanto a *Presa* de **Michael Crichton**, es un libro que me resulta difícil comentar por varias razones. Primero porque tiene un montón de inconsistencias argumentales. Pero si hablo de ellas destripo el final de la novela y eso no deber hacerse ¿o sí?

Segundo porque no tengo conocimientos detallados de nanotecnología (estaba esperando a ver si este libro me servía de documentación, ahora tengo claro que debo buscar en otro lado) y no puedo evaluar muy bien su credibilidad.

La parte de inteligencia artificial no es incoherente pero la verdad es que tampoco profundiza demasiado, en realidad prácticamente nada.



La parte de biología y comportamiento animal sí me parece bastante interesante y bien utilizada. Se nota que el autor es médico.

Por supuesto el libro es de lectura fácil y su lectura engancha. Crichton tiene un oficio innegable.

En fin, no es su mejor novela pero me gusta que un autor de ciencia ficción haga sus deberes y se ponga lo más posible al día en nuevas tecnologías. Ya sólo con eso surge la oportunidad de que aparezcan nuevos tópicos en la CF.

Bueno, sin destripar mucho adelantar que lo que se intuye desde el principio es cierto y que los nanobichos avanzan en varias... ay no, no digo más.

© Javier Valín Quiñoa





Noticias

FE DE ERRATAS

En una versión previa del número 6 de Alfa Eridiani no indicábamos la autoría de las ilustraciones incluidas en el cuento *Respirar Escuece* de Alfredo Álamo. Sus autoras son Cucha y Virginia Berrocal, páginas 29 y 30 respectivamente. Actualmente se puede encontrar una versión corregida en la red.

NUEVO CÓMIC ON LINE

Desde el 13 de abril PORTALCOMIC publica semanalmente un nuevo cómic gratuito, **SYRA** Historieta on-line Argentina (<http://www.syra.portalcomic.com>).



Detalles técnicos:

Argumento: Syra es una ladrona intergaláctica nacida en una futura Argentina.

Idea y guión: Gustavo Schimpp. **Lápiz y tinta:** Roberto Viacava. **Diseño y color:** Hernán Cabrera. **Color:** Julián Bargas.

Imagen proporcionada por PORTALCOMIC

Otros comentarios: Gráficamente es una mezcla de comic europeo y superhéroe yanqui. Llevan publicadas 17 páginas.

PULSAR SOLICITA NUEVOS RELATOS

Pulsar ha abierto un nuevo período de recepción de relatos. Se adjunta nota publicada en la lista:

Hola:

Os envío este mensaje para anunciaros que abrimos el periodo de recepción de relatos para PULSAR. Nos interesan aquellos trabajos vuestros que, como siempre, puedan cautivar, emocionar, repugnar o sobresaltar (de forma excluyente o no, y sin orden prefijado) a nuestros lectores.

El procedimiento de selección es el normal. Por correo directo a pulsar-editores@pulsarfanzine.com. Si se desea, se pueden enviar directos a la lista

de correos². A la mayor brevedad posible nos pondremos en contacto con vosotros para notificaros nuestra decisión o comunicaros nuestras sugerencias.

Se ruega que los relatos se presenten en formato RTF, preferiblemente. Pueden ir acompañados de ilustraciones, si el autor lo desea. Los relatos deben ir precedidos por una breve introducción (dos o tres líneas) y al final se ruega adjuntar una pequeña reseña biográfica del autor. Si el autor lo desea, puede acompañar una foto al relato, que sería incluida.

Espero ansioso poder leer vuestros trabajos.

[FUENTE: Juan Carlos Valero & Sebastián Font]

CONVOCATORIAS

La página A tiro de piedra ofrece una buena selección de convocatorias de premios en el siguiente link: <http://www.atirodepiedra.com/poetasxx/concursos/concursos.htm>. A continuación se han extraído los más relevantes, las bases de los mismos pueden consultarse siguiendo los links que hay en dicha página:

Cuento corto:

- PREMIO ARGAYA DE RELATO 2.003
Hasta el 30 de octubre de 2.003
Extensión: entre 4 y seis folios
Premio: 1.200 euros
Dirección: Área de Bienestar Social, Servicio de Educación y Cultura de la Diputación Provincial de Valladolid, C/ Ramón y Cajal s/n, 47071 de Valladolid
- IX PREMIO DE NARRACIÓN BREVE JULIO CORTÁZAR
Hasta el 30 de octubre de 2.003
Extensión: entre 5 y 10 folios
Premio: 1.800 euros
Dirección: Cátedra de Literatura Hispanoamericana, Universidad de Murcia C/Santo Cristo, s/n. 30001 MURCIA (ESPAÑA)
- XXXII CONCURSO DE CUENTOS HUCHA DE ORO
Hasta el 31 de octubre de 2.003
Extensión: entre 3 y 8 páginas
Premio: primer premio 30.000 euros
Dirección: C/ Juan Hurtado de Mendoza, 19 28036 MADRID

² **Nota del editor:** para subscribirse a la lista hay que utilizar este formulario http://mail.pulsarfanzine.com/mailman/listinfo/pulsar_colaboradores



- VIII PREMIOS DE RELATOS BREVES "SAN JUAN DE DIOS"
Hasta el 31 de octubre de 2.003
Extensión: entre 6 Y 10 páginas
Premio: primer premio 1.900 euros
Dirección: Escuela Universitaria de Enfermería y Fisioterapia San Juan de Dios. c/ Serrano, 199. 28016 Madrid
- III CERTAMEN DE RELATO CORTO "ENCARNA LEÓN"
Hasta el 31 de diciembre de 2.003
Extensión: de 5 a 15 folios
Premio: primer premio 2.400 euros
Dirección: Consejería de Educación, Juventud y Mujer, Viceconsejería de la Mujer de la Ciudad Autónoma de Melilla, c/ Gral. Prim, 2 - 52001 Melilla

Novelas:

- II PREMIO ANUAL "LETRAS" DE NOVELA CORTA
Hasta el 30 de octubre de 2.003
Premio: 750 euros
Extensión: entre 100 y 125 páginas
Dirección: SEPTTEM Ediciones, Calle Cimadevilla, nº 15, esc. A 1º C, 33003-Oviedo, España
- V PREMIO "CASA DE AMÉRICA" DE NARRATIVA
Hasta el 14 de noviembre de 2.003
Premio: 6.000 euros
Extensión: mínimo de 140 páginas
Dirección: SEPTTEM Ediciones, Calle Cimadevilla, nº 15, esc. A 1º C, 33003-Oviedo, España

Varios:

- PREMIOS "TIFLOS" DE POESÍA, CUENTO Y NOVELA
Hasta el 15 de noviembre
Extensión: según modalidad, consultad bases
Premio: según modalidad, consultad bases
Dirección: Dirección General de la ONCE, Dirección de Cultura y Deporte, calle Prado, número 24, 28014 Madrid
- X CERTAMEN DE NARRACIÓN BREVE - V CERTAMEN DE POESÍA
Hasta el 15 de noviembre
Extensión: según modalidad, consultad bases
Premio: según modalidad, consultad bases
Dirección: Casa de Cultura, C) Julián Gayarre, 4 - 31590 Castejón (Navarra)



- XX CERTAMEN DE POESÍA Y CUENTO JARA CARRILLO (Tema obligatorio: EL HUMOR)
Hasta el 5 de diciembre
Extensión: según modalidad, consultad bases
Premio: primer premio de 1.400 euros por modalidad
Dirección: BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL, Huerto de las Cayitas,
s/n 30820-Alcantarilla –MURCIA

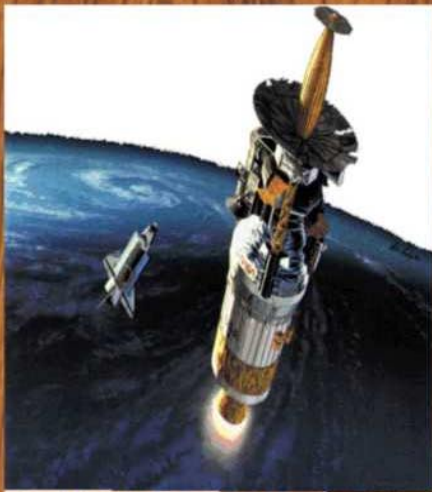
[FUENTE: A Tiro de Piedra]

Nota de Redacción: La fuente no incluye el premio Minotauro de ciencia-ficción cuyo plazo de finalización es el 10 de diciembre del 2.003. Sus bases se pueden consultar en: <http://www.edicionesminotauro.com/premio.html>.



Alfa Eridiani

Primer Aniversario



Revista de Ciencia-Ficción

ISSN: 1695-1859

